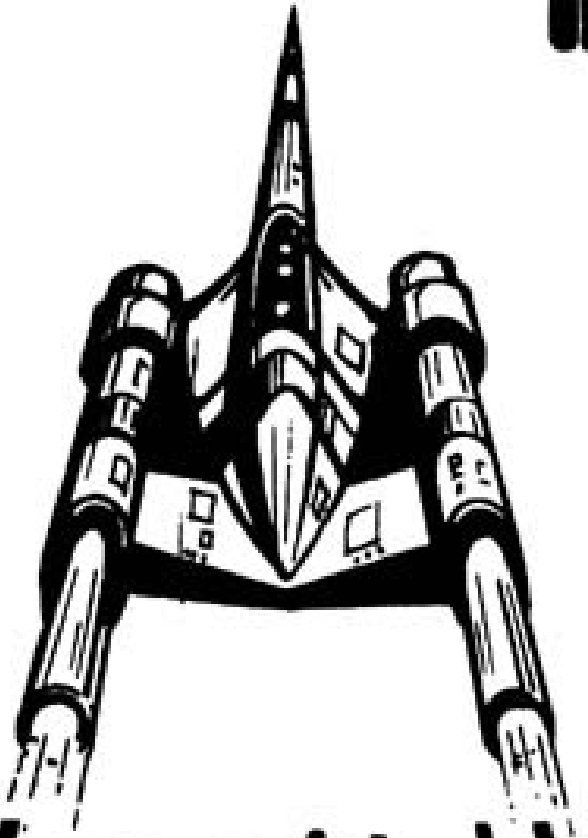


TORNADO COSMICO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

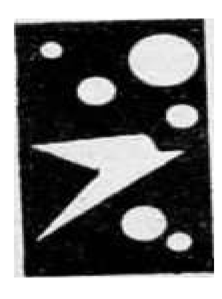
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

634 — *El dios de los volcanes* — Joseph Berna
635 — *Infiltrados* — Ralph Barby
636 — *Viaje a lo desconocido* — Joseph Berna
637 — *No eran de este mundo* — Kelltom McIntire
638 — *¡Jo, qué pequeñitos!* — Ralph Barby

GLENN PARRISH

TORNADO CÓSMICO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 639
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 31.561 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain
1. ª edición: noviembre, 1982
2. ª edición en América: mayo, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

La joven, alta, rubia, delicada, lanzó un hondo suspiro.

—Es una lástima —dijo.

—Sí, una verdadera lástima, Dryna —admitió Lee Sage —. Pero no tengo otro remedio. He de ganarme la vida y ya sabes cuál es mi profesión.

Sage y la joven caminaban con las manos juntas por la amplia avenida de la capital de Kindor. Podían haber utilizado un aeromóvil o, más modestamente, una de las cintas deslizantes de transporte público, pero preferían caminar, porque así alargaban un poco más el tiempo de estar juntos.

—Debe de ser una profesión fascinante —dijo ella—. Conocerás a muchas gentes, visitarás toda suerte de planetas, tratarás con personas de todas clases...

—Pero, a veces, me siento cansado.

—¿Por qué, Lee?

—Un hombre, cuando llega a determinada época de su existencia, tiene que echar raíces en alguna parte.

—Podrías echarlas aquí —rió ella—. Yo te ayudaría de buena gana, créeme.

—Lo sé, pero, de momento, es imposible. Si bien es cierto que un día me gustaría establecerme para siempre en algún sitio, sucede, en cambio, que después de cada viaje, surge otro asunto que me impide quedarme en el suelo.

—Te apegas demasiado al dinero, Lee —dijo Dryna sentenciosamente.

—No es el dinero solamente. También muchas otras personas dependen de mí, de mis operaciones comerciales... A decir verdad, yo llevo muy pocas mercancías en mi astronave. Lo que hago, en realidad, es explorar mercados, formular proyectos y establecer las condiciones del intercambio. Luego, mi gente se ocupa de la parte material de la operación: es decir, llevar y traer la masa de mercancías contratadas en un sentido u otro.

—Pero podrías ir buscando un sustituto...

—Algún día lo haré. Hoy por hoy, y no es inmodestia, no tengo a nadie que pueda sustituirme. Ya sé que, en este mundo, todos somos necesarios, pero ninguno somos imprescindibles. Sin embargo, muchos de los tratos son conseguidos gracias a mis amistades personales, establecidas a lo largo de muchos años de trabajo. Mi sustituto tendría que empezar de cero y eso podría causar graves quebrantos a la empresa.

—Comprendo. Bien, Lee, desde el primer momento me di cuenta que no te quedarías en Kindor. Te recordaré siempre y siempre desearé verte de nuevo.

—Gracias, Dryna. Yo también me acordaré siempre de ti. Algún día volveré por Kindor y...

Sage se calló. No quería prometer algo que no sabía si podría cumplir.

Kindor era un planeta escasamente poblado, con unos recursos limitados, no por incultura o desidia de sus habitantes, sino porque su grado de desarrollo había alcanzado cotas satisfactorias. El viaje que había hecho podía ser útil más adelante, quizá diez años después...

Ahora, la operación había sido más bien de siembra para obtener beneficios inmediatos.

Era joven todavía. Físicamente, aparentaba veinte y pocos años, a pesar de que había rebasado ya la barrera de los treinta y cinco. Pero los adelantos de la medicina del siglo XXIV le permitían unas expectativas de vida muy cercanas a los dos siglos. En realidad, ahora era como un adolescente de quince años en el siglo XX.

Y, sin embargo, había viajado por incontables planetas y había recorrido cientos de miles de millones de años luz. Sí, en cierto modo, Dryna tenía razón: debía empezar a asentarse en un sitio fijo.

Se preguntó si podría resignarse algún día a la vida sedentaria. Tendría que intentarlo en alguna ocasión... pero aún no había llegado el momento preciso.

Ya habían salido de la ciudad, no demasiado grande. El astropuerto se hallaba a menos de un kilómetro de distancia. Las naves, movidas por energía solar, con motores que anulaban la gravedad, podían estacionarse tan cerca, debido a que se movían sin ruido y sin escapes nocivos que contaminasen la atmósfera. En aquellos momentos, sólo su nave se hallaba estacionada en el astropuerto, además de otra kindorianana, situada para revisión en los talleres.

Un lejano trueno se oyó de repente a lo lejos.

—Una tormenta —dijo Sage.

Dryna, sorprendida, se volvió.

—No es época de tormentas en Kindor —exclamó.

El trueno se convirtió en un rumor prolongado, sin apenas altibajos de sonido. Sage se volvió también y vio a lo lejos una enorme nube oscura, que parecía avanzar con rapidez hacia la ciudad.

—Un tifón —dijo.

—¿Tifón? No hay noticias de que se haya producido aquí nunca una cosa semejante —aseguró Dryna.

Una racha de viento les dio en pleno rostro. Sage cogió las dos manos de la joven.

—Dryna, sería conveniente que te volvieses a tu casa —aconsejó.

Ella vaciló.

—Vamos a tu nave no está tan lejos —sonrió—. Sólo son unos cientos de metros más y la tempestad se pasará pronto.

Un horrible aullido pareció contradecir las palabras de Dryna. La siguiente ráfaga de viento resultó tan fuerte, que estuvo a punto de derribarlos por tierra.

Nubes de polvo se levantaron a los soplos del viento. Sonaron gritos de alarma.

Sage empezó a preocuparse. Si la fuerza del viento arreciaba, se llevaría a Dryna un rato y luego la devolvería al suelo, cuando todo hubiera pasado.

—¡Vamos, corre! —gritó.

Un potente chorro de viento les hizo tambalearse. En alguna parte sonó un ruido espantoso. Algo acababa de derrumbarse, pero ninguno de los dos volvió la cabeza.

—Corre, corre... —chilló él.

La fuerza del viento aumentaba con indescriptible rapidez. Sage fue derribado en una ocasión y arrastrado a su pesar durante una veintena de metros.

Dryna se separó de él.

La joven gritó, llena de pánico. Sage hizo un esfuerzo supremo y consiguió ponerse en pie.

El viento lo empujó inmisericordemente. Sage corrió

detrás de la muchacha, pero ella no podía retroceder ni resistirse a aquella potencia colosal que se la llevaba como si fuese una pluma.

El estruendo era horroroso. Sage gritó, pero fue incapaz de oír su propia voz.

Desesperadamente, trató de desviarse hacia su propia nave. De alguna forma, alcanzaría a Dryna y...

Otra racha de viento le hizo rodar como un pelele por el suelo. El huracán pareció amainar durante algunos instantes y pudo ponerse en pie. Entonces, atónito, vio algunos edificios que se derrumbaban como castillos de naipes.

Ya estaba junto a su nave, que se balanceaba peligrosamente. El alarido del huracán pareció el grito de mil millones de personas lanzado al mismo tiempo.

En aquel instante, vio algo horripilante.

Una racha de viento alzó a Dryna a las alturas, levantándola como si fuese una hoja seca. Sage no oyó sus gritos, pero la vio abrir y cerrar la boca, a la vez que agitaba sus miembros frenéticamente.

Y cada vez subía más alto…

Presionó el resorte de apertura y la escotilla se deslizó a un lado. El mismo viento le arrojó al interior de la nave.

La escotilla se cerró automáticamente. Sage se dio cuenta de que la astronave podía ser destrozada si permanecía allí un minuto más y corrió a la cabina de mando.

Sin molestarse en sujetarse con el arnés de seguridad, dio el contacto y avanzó a fondo el mando de ascenso. La nave salió disparada a las alturas como un gigantesco proyectil.

* * *

Desde la seguridad del espacio. Sage contempló con ojos horrorizados la increíble devastación que se producía en Kindor.

Había conectado el mando telescópico de sus visores y podía verlo todo como si estuviera a escasos cientos de metros de la superficie.

Los edificios se derrumbaban como simples casas de papel. Hombres, mujeres, animales de todas clases, eran arrebatados por aquel gigantesco huracán, cuyo origen no alcanzaba a comprender en absoluto.

El viento arrasaba literalmente cuanto encontraba a su paso. Sage vio arrancados árboles centenarios, con troncos de diez y doce metros de grosor, como simples palillos de dientes. Las aguas de los ríos y los lagos eran una lluvia que resultaba incongruente, porque ascendían en billones de gotas, en lugar de caer hacia abajo.

La atmosfera estaba llena de objetos de todas clases, entre los que se movían decenas de miles de seres vivos. Pero quizá estaban ya muertos, se dijo el mercader.

De repente, contempló algo realmente horrible.

Estaba ahora sobre la vertical de uno de los mares de Kindor. El huracán llegó y alzó una ola gigantesca.

Sage calculó que la velocidad del viento no era inferior a los mil kilómetros por hora. No había fuerza humana capaz de resistirse a aquel cataclismo.

La ola alcanzaba más de cien metros de altura. Era un muro gigantesco de líquido, coronado por una barrera de espumas, que se deshilaban al impulso del huracán. La

longitud de aquella ola no bajaba de los trescientos kilómetros.

Lanzada con ímpetu apocalíptico, la ola corrió velocísimamente hacia la costa cercana. La segunda ciudad de Kindor había resistido en parte los efectos del tornado.

El ataque de la ola fue definitivo. Aunque empujada por el viento, ella, a su vez, empujaba también el aire y esta primera oleada invisible acabó de arrasar la ciudad.

La ola perdió su fuerza a cientos de kilómetros al interior de la tierra firme. Cuando se retiró, ya no había el menor signo de vida en el suelo.

Desde el espacio, Sage pudo ver aquel inexplicable tornado, que parecía originado por fuerzas cósmicas, dando varias vueltas seguidas al planeta, barriendo cuanto encontraba a su paso y convirtiendo en mares lo que era tierra firme y dejando en seco el fondo de los océanos. Pasarían muchos años antes de que se disipasen los efectos de aquella catástrofe.

El viento empezó, por fin, a perder su fuerza. Todo lo que estaba en las alturas empezó a caer.

Sage se imaginó a Dryna cayendo desde miles de metros de altura. Ya habría muerto, supuso, pero suponiendo que se hubiese producido el milagro de sobrevivir, la caída sería fatal. Aquel maravilloso cuerpo que había vibrado de pasión entre sus brazos, no sería ya más que un montón de carne inanimada y sin vida.

Lleno de amargura, emprendió el regreso, alejándose de aquel mundo que ya había muerto y que no era sino una bola sin vida que orbitaba en el espacio infinito.

CAPÍTULO II

—¡Eso no había sucedido nunca en Kindor! —gritó Sage a la vez que descargaba un fuerte puñetazo sobre la mesa—. Me lo dijo una nativa y tenía motivos para saberlo.

—Siempre se producen fenómenos que jamás se habían producido antes —contestó Lahn Soogly, sin inmutarse por la expresión de cólera que aparecía en el rostro de su interlocutor.

—No me vengas con cuentos, Lahn —exclamó el joven—. Admito la posibilidad de un huracán con velocidades superiores a las conocidas hasta el momento, pero, dime, ¿has oído hablar tú de un tifón en el que las rachas de viento alcancen los mil kilómetros por hora?

—¿Cómo sabes que se llegó a esa cifra?

—Tengo los instrumentos de a bordo. Además, mientras observaba la catástrofe, grabé todas las escenas posibles. Diablos, Lahn, nuestros edificios están construidos para resistir velocidades de hasta cuatrocientos kilómetros por hora. Sólo en muy raras ocasiones se sabe de vientos que alcanzaron los doscientos cincuenta, trescientos como máximo. Pueden derrumbarse casas sencillas, cabañas, bungalows de recreo, pero no edificios sólidos y bien construidos, a prueba incluso de los más violentos terremotos.

—Entonces, ¿qué es lo que te imaginas, Lee?

Los ojos del joven se achicaron.

—Hice una parada en Beastyl II, porque necesitaba hacer algunas reparaciones en mi nave. El huracán le causó

algunos desperfectos, aunque no de importancia, por fortuna. Indagué, hice preguntas, pero obtuve muy pocas respuestas, por no decir ninguna.

—Y eso, ¿a qué es debido?

—En Beastyl II tienen miedo. Se les ve en la cara, en las palabras. Oye, Lahn, tú conoces bien Beastyl II. Hace algunos años, estuvimos juntos. Era un mundo de lo más divertido y ameno que puedas imaginarte. Gentes acogedoras, mujeres atractivas y amables, cortesía sin límites... Prácticamente, todo lo que tenían era tuyo, si se lo pedías.

—Sí, lo recuerdo muy bien. Un mundo realmente feliz, donde no había miserias, ni envidias ni el vecino ambicionaba lo que tú tenías ni tú tampoco querías lo del vecino. ¿Qué pasa ahora en Beastyl II?

—Silencio, desconfianza, recelo... Hicieron algo que jamás habían hecho conmigo: cobrarme la comida y la bebida. No digo que no pagase las reparaciones, pero... comer y beber... ¡Hombre, por Dios, jamás me había gastado un céntimo en semejantes minucias!

—Y ahora te han cobrado... —Soogly frunció el ceño—. Sí que es extraño. Lee. ¿Conoces los motivos?

—No del todo, pero también vi algo que nunca se había visto en aquel maravilloso planeta.

—¿Que. Lee?

—Policía. Lahn.

Hubo un instante de silencio. Soogly miraba atónito a su interlocutor.

—Tú estás loco... —dijo al cabo.

—No, no lo estoy. Vi gente con un extraño uniforme rojo oscuro, casi negro, con insignias plateadas. Hice

preguntas y nadie quiso contestarme. Ni siquiera mi representante nativo.

Sage tomó aliento y continuó:

—Conozco a Heyfi Nartle desde hace quince años. Aparte de representarme con innegable eficacia, me ha dado siempre todo lo que tenía. Una vez, incluso, quiso concederme a su esposa, durante el tiempo que permaneciese en Beastyl II, pero, naturalmente, rechacé la oferta. La última vez que estuve dijo que sus hijas me complacerían apenas llegasen a ser mujeres plenamente. Ahora Nartle ni siquiera quiso invitarme a una copa de vino en su casa.

—Bueno, pero, ¿a qué se debe ese cambio de actitud?

—No pude averiguarlo del todo. Los labios de la gente de Beastyl II están sellados por el pánico. Sin embargo, con medias palabras aquí y allá, y tirando de la lengua a los más conocidos, he llegado a saber que la catástrofe de Kindor fue algo provocado. Y si el miedo se ha adueñado ahora de Beastyl II, es porque sus habitantes no quieren seguir la suerte de los kindorianos. ¿Sabías que aquel tornado cósmico ha extinguido prácticamente toda la vida en Kindor? —prosiguió el joven acaloradamente—. Puede que queden algunos gusanos bajo tierra y algunos peces en las aguas, pero eso es lodo cuanto existe actualmente en Kindor... porque hasta la vegetación fue arrancada de raíz y ahora la tierra firme de ese planeta es un yermo donde no hay vida de ninguna clase, ni animal, incluyendo lógicamente a los seres humanos, ni vegetal.

Después de aquella larga parrafada, Sage tuvo que tomar aliento. Su amigo, comprensivamente, le sirvió una taza de café.

—Bien —dijo Soogly al cabo—. ¿Qué piensas hacer ahora. Lee?

Sage apuró la taza antes de contestar.

—Lahn —dijo al cabo—, tú y yo nacimos casi al mismo tiempo..., tú un año antes, pero nos criamos juntos y crecimos y fuimos a la escuela y a la Universidad, como dos hermanos... Tú querías dedicarte a la política y has llegado muy alto. Se habla de ti para presidente del planeta dentro de un par de periodos.

—Rumores, sólo rumores. Lee —sonrió Soogly.

—No seas modesto, porque bien sabes que es verdad. Bueno, a lo que íbamos. A mí no me gusta la política y decidí seguir la profesión de mi padre, esto es, mercader del espació. He trabajado duro, me he creado una sólida posición... pero no puedo permitir que alguien trate de impedirme algo que estimo es mi legítimo derecho.

—Nadie, que yo sepa, te ha impedido comerciar hasta ahora.

—Lahn, en Beastyl II no conseguí ningún pedido ni pude realizar ninguna operación de venta. Cuando pregunté por los motivos de tales negativas, nadie quiso darme la menor explicación. Pero es evidente que alguien les impide los tratos con otros mercaderes del espacio.

—Lamentablemente, yo no puedo hacer nada en tu ayuda, Lee —contestó Soogly—. Beastyl II no pertenece a nuestra federación...

—Lo sé, lo sé muy bien. Pero esto no es todo. Presiento que los kindorianos no quisieron someterse a nadie, sea quien sea, y por eso fueron borrados de las cartas estelares. Y eso es lo que yo pienso averiguar, ¿me entiendes?

—¿Por tu cuenta?

—Sí, por mi cuenta. Lahn, tú no has visto el horrible espectáculo que son miles de personas elevadas a varios kilómetros de altura, sin poder evitarlo... Si alguna sobrevivió a ese huracán, cosa que dudo, tuvo que morir después, cuando se calmó el viento y volvieron a la superficie de Kindor por simple gravedad.

—Había alguna mujer joven y hermosa —sonrió Soogly comprensivamente.

—Sí, una chica maravillosa... y la vi separarse de mí y elevarse arrastrada por aquel tornado... Gritaba de terror, pero no podía oír su voz...

Sage se sentó en una silla y se sujetó las sienes con las manos.

—Lee, ¿qué puede hacer el ministro de Comercio Interestelar de la Tierra en tu favor? —consultó Soogly.

El joven alzó su mirada.

—Nada, excepto volver la cabeza a un lado, cuando te hablen de mí —respondió.

—Siempre que no me pongas en situación crítica...

—Puedes estar seguro de que no haré nada que pueda comprometer tu carrera política. Pero voy a averiguar lo que pasó en Kindor y por qué, en Beastyl II hay ahora desconfianza y temor, en lugar de amor, paz y confianza en el vecino. Y también quiero averiguar qué es lo que mató a varios millones de kindorianos, mediante un tornado que no fue creado por las fuerzas de la naturaleza.

—¿Crees que podrás hacerlo tú solo?

—Al menos, lo intentaré. Pero una tropa muy numerosa, aunque podría pagarla, provocaría sospechas y recelos que no tengo interés en despertar. Un hombre solo pasa más desapercibido, ¿comprendes?

—Lee, tienes mi bendición y mi apoyo, hasta donde se me sea posible, sin comprometer mi posición, y no lo digo sólo por mi futuro, sino por las complicaciones que podrías crear a la Tierra. Lo entiendes, supongo.

Sage sonrió, a la vez que tendía la mano hacia su compañero de juegos infantiles.

—Es todo lo que deseaba oír —respondió.



Sentado tras la mesa de su lujoso, pero, al mismo tiempo, austero despacho. Sage tendió varios sobres cerrados al hombre que estaba situado frente a él.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó Willy Fannerheim, gerente y director general de la empresa.

—Plenos poderes para que la dirija usted a partir de este momento, de acuerdo con las circunstancias y condiciones del mercado —contestó Sage.

El rostro de Fahnerheim expresó un asombro infinito.

—¿Quiere decir que abandona la profesión, señor?

—Hasta cierto punto. Por el momento, me tomo unas vacaciones, cuya duración es absolutamente imprevisible. Lo mismo puedo estar ausente seis meses que seis años. Y puedo volver o no puedo volver. Por tanto, le otorgo plenos poderes para que haga lo más conveniente para la compañía. Otro sobre contiene mi testamento. Nunca se sabe, Willy.

—Pero, señor... Yo creo que...

Sage movió la cabeza enérgicamente

—He tomado ya mi decisión, Willy. Si no regresara, el testamento indica con todo detalle la forma en que se han de

distribuir las acciones, los bienes y el efectivo de la compañía, a la vez que doy algunos consejos para que siga funcionando y nadie pueda perder su empleo. El tercer sobre, en fin, contiene un cheque, para que usted distribuya una gratificación extraordinaria de tres meses a todos los empleados.

—No acabo de salir de mi asombro, señor —declaró Fahnerheim—. ¿Puedo preguntarle por qué...?

—Asuntos personales —contestó el joven lacónicamente —. Como puede comprender, me reservo cierta parte del capital, para mi libre disposición. Puedo necesitar fondos en cualquier momento, pero esa reserva de efectivo no compromete en absoluto la estabilidad financiera de la compañía, como usted comprobará cuando haga una revisión de los libros.

—¿Y no le veremos ya nunca más, señor?

Sage sonrió. Willy Fahnerheim había entrado en la compañía treinta y cinco años antes, como simple mozo de limpieza, sirviendo con absoluta fidelidad a su padre, antes de que éste se retirase. Después, había continuado a su lado, siempre leal, competente y discreto. Quizá no tenía otras cualidades relevantes, pero era el mejor en su puesto actual.

—Eso no se debe decir nunca, Willy —contestó.

De pronto, llamaron a la puerta del despacho. Sage dio permiso y una secretaria se hizo visible.

—Señor, la señorita Worth-Aigüs solicita ser recibida — dijo.

Sage enarcó las cejas.

—¿Worth-Aigüs? —dijo extrañado—. Es la primera vez que oigo ese nombre...

—Ella dice que quiere hablarle de Kindor, señor —

manifestó la secretaria.

Sage se atiesó.

—Está bien, hágala pasar. Willy, luego terminaremos la conversación.

Fahnerheim se puso en pie.

—Esperaré en mi despacho, señor.

Una joven apareció en el umbral. Era muy alta, esbelta, de pelo intensamente negro y ojos verdosos. Vestía con sencillez, pero había algunos toques de verdadero lujo en su indumentaria, que consistía en una blusa cerrada de cuello y mangas, y pantalones cortos, abrochados por encima de las rodillas, y zapatos de medio tacón.

—Soy Laurie Worth-Aigüs —se presentó.

—Entre, señorita —invitó el joven cortésmente.

Fahnerheim cerró la puerta. Laurie ocupó una butaca y cruzó las piernas.

—¿No me ofrece de beber, señor Sage?

—Oh, discúlpeme... ¿Qué le sirvo?

—¿Tiene jerez auténtico? No sintético, claro, aunque ésta es una pregunta que no debería hacer a un mercader del espacio, listo como un zorro y agudo como un puñal.

Sage destapó una botella.

—Sus elogios hacia mi humilde persona, ¿son genuinos o producto de un exceso de ironía, señorita?

—Ambas cosas, porque usted sabe que he dicho la verdad.

—Como guste. No discutiré este asunto —Sage le entregó una copa de fino cristal—. Tiene algo que decirme, sobre Kindor, señorita —añadió.

Laurie contempló primero el vino al trasluz, luego lo olió con una profunda aspiración y, finalmente, probó unas

gotas con la lengua. Después sonrió y dijo:

—Cosecha del cuarenta y cuatro, año dos mil trescientos cuarenta cuatro, quise decir.

Sage no quiso corregir a su hermosa visitante. Ella había citado una fecha de veinte años atrás. En realidad, el vino tenía solamente cuatro años. «Dejémosla con la ilusión de que es una experta», pensó.

—Dijo que quería hablarme de Kindor —sonrió.

—Sí. A eso he venido, señor Sage. Sobre todo, teniendo en cuenta que es usted el único superviviente de una catástrofe cósmica provocada por la mano del hombre.

Sage hizo un gesto de aquiescencia. Las palabras de Laurie venían a confirmar sus sospechas. La destrucción de Kindor había sido algo completamente intencionado.

Pensó en Dryna. «Alguien lo pagará algún día», se prometió en silencio.

CAPÍTULO III

Laurie tomó un pequeño sorbo de vino y apartó la copa a un lado.

—¿Tiene a mano una carta estelar, señor Sage? —preguntó.

—Puedo proyectarla en una pantalla —dijo él.

— Entonces, proyecte el sector 29-TA, por favor

Sage arqueó las cejas.

—Eso pertenece a la confederación de Vrödniw —exclamo.

—Exactamente —admitió ella—. Y, si usted hace un poco de memoria, recordará que Vrödniw es la unión de planetas habitados más próximo a la federación terrestre. Por favor, carta estelar...

Sage apretó unos cuantos botones que tenía en su mesa. Una pantalla de dos metros de lado se iluminó en la pared frontera. Laurie se levantó y. desenvueltamente, cogió una que había encima de su mesa. Luego se acercó a la pantalla.

—Kindor —dijo—. Destruido por completo. No hay rastros de vida en su superficie, ni siquiera vegetales. Pero podrá ser habitado algún día.

—Lo sé muy bien. Continúe, se lo ruego —dijo él con tensa.

Laurie señaló otro punto en el mapa.

—Aroshi VIII. Destruido también, por el mismo procedimiento que Kindor.

—No lo sabía...

—Ocurrió hace pocas semanas, después de la catástrofe

de Kindor. Aquí, señor Sage, tiene a Beastyl II.

—Un planeta antes maravilloso y ahora poco menos que un cementerio de personas paradójicamente vivas.

—Quieren vivir, eso es todo. Lo mismo que... —Laurie citó media docena de planetas más, con idénticas características que Beastyl II —. Y finalmente, aquí está Sharryl, mi planeta.

—Sí, en el trayecto a la Tierra, es la última estación de relevo para astronaves con autonomía limitada. La mía, por fortuna, no necesita repostar en Sharryl.

—Celebro que lo haya comprendido. Puede apagar, señor Sage. ,

El joven lo hizo así. Laurie volvió a su asiento.

—En Sharryl sabemos qué es lo que produce esas catástrofes. Tenemos un buen servicio de información y hemos averiguado muchas cosas. Por desgracia, nos sentimos impotentes para contrarrestar los ataques de que podemos ser objeto, si no hacemos lo mismo que han hecho en Beastyl II y los demás planetas que le he mencionado.

—Siga, siga, todo lo que dice es muy interesante, señorita...

—Llámeme Laurie, a secas. Lee, ¿se ha dado cuenta que, después de Sharryl viene su planeta?

—¿Qué quiere decir? —preguntó el joven.

—Hemos recibido un ultimátum. Debemos someternos a la voluntad de cierta persona, con ambiciones de poder supragaláctico... o seremos destruidos como Kindor y Aroshi VIII.

— Los gobiernos de esos dos planetas rechazaron el ultimátum.

—Y fueron destruidos. Nosotros no queremos ser

arrasados, pero tampoco estamos dispuestos a convertirnos en los esclavos de un demente megalómano, cuya codicia no conoce límites. Si ese sentimiento se pudiera medir de alguna forma no tendría cabida, no ya en nuestra galaxia, pero ni siquiera en el universo infinito.

Sage se levantó y destapó la botella nuevamente.

—Esto necesita un trago —sonrió—. Me he quedado sin aliento...

—Le comprendo, pero debe saber que todo lo que le he dicho es rigurosamente cierto.

—No se me ocurriría dudar de usted. Laurie. Pero, dígame, ¿quién es ese sujeto de ambición sin límites?

—¿Ha oído hablar alguna vez de Kithommir de Vröd?

—No. nunca; y conste que he conocido a miles de personas… ¿Quién es ese personaje?

—La supresión de las tres últimas letras indica su origen bastardo. Es hermanastro del actual presidente-emperador de Vrödniw, un pelele estúpido y atento únicamente a la satisfacción de sus placeres. Pero es un hombre pacifico que no quiere crearse complicaciones con los sistemas vecinos. Su hermanastro no se atreve a asesinarlo; es más, prefiere que Mirwan siga al frente del Estado estelar.

—Mirwan es el presidente-emperador.

—Sí. Kithommir prefiere actuar en la sombra, tirando de los hilos que mueven la trama. Dispone de un ejército de incondicionales y tiene espías por todas partes, además de un equipo de científicos de primerísima clase, que son los autores de los tornados cósmicos que ya han arrasado dos planetas.

Bueno, si hay un ultimátum, habrá sido expedido en nombre de Mirwan...

—Oficialmente, no es un ultimátum; no podrían hacerlo sin comprometerse en una guerra estelar abierta. Digamos más bien que es una sugerencia de unión a la confederación je Vrödniw.

—Entiendo. ¿Cuál es su idea sobre el particular, Laurie?

Ella tomó un nuevo sorbo de vino.

—Luchar contra los espías y el ejército de sicarios y asesinos de Kithommir sería inútil; son demasiados y lo único que haríamos sería desgastar nuestras fuerzas en una guerra larga y costosa en vidas humanas y bienes materiales. La única solución es...

Laurie se interrumpió, a la vez que sonreía.

—¿No es capaz de adivinarlo, Lee? —preguntó.

—Sí, aunque prefiero que usted me lo diga con toda claridad —respondió Sage.

—La única solución es atacar el mal *ab ovo*{1}.



Sage proyectó de nuevo la carta estelar y la contempló durante unos minutos en silencio. Luego se volvió hacia su hermosa visitante.

—Laurie, si no he entendido mal, usted quiere combatir el mal en el huevo, antes de que nazca la bestia. Pero ha nacido ya...

—Bien, era una metáfora. También pude decir extirpar la raíz del mal. Lo que está pasando es como un árbol, de ramas muy frondosas, con un tronco sumamente recio. Se puede cortar, pero, a veces, los árboles cortados pueden retoñar. Si se arranca de raíz, el árbol muere.

—Lo cual significa que la raíz está en alguna parte.

—Exactamente. En Obarthud, para ser más exactos, la inexpugnable fortaleza donde Kithommir tiene su cuartel general. La raíz del mal está allí: si la destruimos, se habrá evitado un daño inmenso. Porque, desengáñese, la Tierra seguiría el mismo camino que Sharryl y los otros planetas ya sojuzgados a la ambición de Kithommir. Y usted no querrá que eso llegue a ocurrir, ¿verdad?

—Si —admitió Sage—. Sin embargo, aún no me ha explicado su plan por completo. Dice que Obarthud es inexpugnable... ¿Significa que Kithommir es invencible?

—Nadie es invencible absolutamente, pero, a veces, la victoria es imposible. Sin embargo, creo que debemos intentarlo.

—¿Actúa usted oficialmente?

—No, de manera abierta. Pero mi gobierno me apoya. Yo sugerí unirme a usted...

—¿Cómo sabía que yo pensaba atacar al autor de la destrucción de Kindor, Laurie?

—Cuando tuve noticias de la destrucción de Kindor, procuré averiguar el mayor número de detalles posible. Usted hizo una parada en Beastyl II. Nuestros agentes informaron de su paso y de lo que le había sucedido. Usted no fue lo suficientemente discreto como para ocultar por completo todos sus propósitos.

—Y en base a ello, llegó a la conclusión de que pretendía vengar aquella catástrofe.

—No era preciso ser un lince para imaginarse sus proyectos —sonrió la joven—. Una vez hube confirmado mis sospechas, solicité el permiso a mi gobierno, me lo concedieron...

—Y aquí está —dijo Sage. Juntó las yemas de los dedos y contempló a su hermosa interlocutora—. Bien, puesto que conoce mi forma de pensar, dígame, qué idea tiene usted sobre el plan de batalla?

—Toda fortaleza inexpugnable tiene un punto débil. Es evitable. Tendríamos que averiguarlo y destruir Obarthud.

—No será fácil —vaticinó él—. ¿Dónde está Obarthud?

—En Vrödniw hay una zona, absolutamente desértica, donde el sol, a veces, origina temperaturas próximas al punto de ebullición del agua. Ese desierto tiene unos seis millones de kilómetros cuadrados y es un territorio absolutamente desolado, donde no crece una sola planta ni puede vivir ningún animal, aunque sea de la clase inferior. Muy próximo al centro hay una especie de pitón rocoso. Eso es Obarthud.

—Seis millones de kilómetros cuadrados...

—Las dimensiones aproximadas son dos mil cuatrocientos kilómetros de ancho, por dos mil quinientos de largo, un rectángulo de contornos bastante regulares. La distancia mínima de Obarthud a los límites del desierto es de mil kilómetros. Imposible llegar por el aire, debido al perfectísimo sistema de detección. Atacarlo con cohetes no serviría de nada: las contramedidas, y esto se ha probado ya en numerosas ocasiones, destruyen todo proyectil a más de quinientos kilómetros, incluso los lanzados en vuelo rasante. Quien desea ir a Obarthud, tiene que pasarse antes por la oficina de Kithommir, en la capital, en donde es sometido a un exhaustivo examen, a fin de conocer sus intenciones. Incluso se dice, aunque no he podido comprobarlo, que el visitante es sometido a un lavado de cerebro, a fin de eliminar de él toda idea hostil hacia Kithommir. Los

visitantes, que no son muchos, los suministros, los pertrechos, todos son transportados en naves del propio Kithommir.

—Pilotadas por hombres de su entera confianza, supongo.

—No.

—¿Robots?

—Según se mire. El puesto de mando de la nave está blindado y nadie puede entrar en él. La nave es guiada automáticamente desde Obarthud, tanto a la ida como a la vuelta, y se entra y se sale de ella por una ruta perfectamente delimitada. Cualquier intento de alterar esa ruta de acceso, provocaría indefectiblemente la destrucción de la nave y la muerte del imprudente.

—Laurie, estaba pensando en una cosa —dijo él sonriendo—. Sí, estoy pensando en quedarme aquí y no hacer nada para castigar la destrucción de Kindor.

Laurie saltó en su asiento.

—¡Cómo! —gritó—. ¿Se echa para atrás, Lee? ¿Le ha acobardado oír todo lo que pasa en Oberthud y la práctica imposibilidad de llegar hasta allí con intenciones agresivas?

Sage continuaba sonriendo.

—No, eso es lo de menos. Pero, ¿qué quiere que le diga? Vivir como vive Kithommir, encerrado en su fortaleza, superprotegido de todo y de todos y desconfiando incluso de si mismo... Por muchos beneficios que obtenga de su posición, por mucho poder que pueda alcanzar, ¿cree que eso es vida?

Laurie se quedó parada. El joven continuó:

—Imagino que Kithommir tendrá allí distracciones suficientes para no aburrirse, pero, aun así, insisto, eso no es

vida. No puede salir libremente a cazar, a pescar, a pasear en barca o a esquiar en las montañas nevadas; no puede ir a una taberna a tomar unas jarras de cerveza con unos amigos o a presenciar un espectáculo o, más sencillamente, tumbarse a dormir un rato sobre la hierba y a la sombra de un árbol... Usted y yo podemos hacerlo y disfrutamos de la existencia, pero él... Por mucha satisfacción que sienta al saberse enormemente poderoso, tiene en contra los sentimientos inamistosos de gran número de personas, la inseguridad de no saber si algún día le atacarán, a pesar de sus fantásticas precauciones... Más todavía, el hecho de que su ambición resulte infinita, es otra causa de insatisfacción, porque cuando haya alcanzado el dominio sobre un sistema planetario, querrá do- aunar otro y otro... y nunca se sentirá saciado... Laurie, con franqueza, dígame, ¿no es usted capaz de conformarse con lo que tiene, siempre que no le falte lo mínimo para la existencia?

—Creo que sí, pero yo no soy Kithommir, Lee. Y aun teniendo en cuenta todas esas consideraciones, creo que debemos intentar combatirle. Puede que él se sienta amargado por no ser el dueño del Universo, pero eso no consolará a los que son víctimas de su opresión ni devolverá la vida a los millones de personas que murieron en Kindor y Aroshi VIII.

—Lo sé —contestó Sage—. Y, sinceramente, no pensaba echarme atrás. Sólo quise hacer unos comentarios personales acerca de lo que pienso de Kithommir. En fin, ¿cuáles son sus proyectos inmediatos?

—Mi gobierno financiará los gastos necesarios para la operación. La realizaremos usted y yo solos, y si bien admitiré que dirija todos los movimientos, habrá de

permitirme que formule objeciones en el caso de que estime algún acto incorrecto o excesivamente peligroso.

—Bien, no hay inconveniente por ahora. ¿Qué más?

—Si acepta, saldremos mañana mismo hacia Sharryl. Antes de empezar el asalto, tenemos que hacer algo imprescindible, aunque, por el momento, no puedo revelarle de qué se trata. Pero le aseguro que será beneficioso para ambos.

—Perfectamente. ¿Su nave o la mía?

—La suya. Usted la conoce bien y es un magnifico piloto. Mi gobierno se la comprará y todos los gastos de mantenimiento y suministro de cuantos pertrechos estime necesario, correrán también de nuestra cuenta.

—Entonces, no se hable más. Ahora mismo ordenaré que revisen la nave. Puedo asegurarle que estará lista a las seis de la mañana.

—Estaré en el astropuerto a las seis en punto...

—No, no, se equivoca. La nave está en el patio central de mis almacenes de mercancías. Es el lugar más seguro y siempre la estaciono allí. Algunos competidores tienen pocos escrúpulos y nunca me gustó correr riesgos. Ahora, con ese viaje en perspectiva, menos todavía.

—Muy bien, si lo desea así, le prometo llegar a la hora acordada.

—Dejaré instrucciones a los guardias de la puerta para que la conduzcan al patio central. Permítame un momento, Laurie.

Sage escribió algo en un papel y se lo entregó a la joven.

—Cuando salga de aquí, vaya al Banco e ingrese en mi cuenta un cheque por cinco millones de unidades monetarias terrestres. No es por mí; si no vuelvo, todo cuanto poseo irá

a parar a mis empleados.

Laurie sonrió levemente.

— Lo haré con mucho gusto —se despidió.

CAPÍTULO IV

Los técnicos dieron los últimos toques y se marcharon, tras desear las buenas noches a Sage. El joven se quedó solo en el amplio patio de sus almacenes, contemplando con ojos críticos la nave en la que iba a emprender la aventura más arriesgada de su vida.

Era muy posible que no volviese, en efecto, pero no lo lamentaría en absoluto si la suerte le era adversa. No habría podido vivir sin hacer nada para castigar la destrucción de Kindor... Cada vez que cerraba los ojos, veía a la hermosa Dryna arrebatada por aquel huracán cósmico, gritando sin poder oír su voz...

No estaba enamorado de ella, pero Dryna había sido amable, cariñosa, comprensiva, la compañera ideal para una estancia de pocas semanas en Kindor. Tampoco le había pedido nada a cambio de su amor, pero él había sabido compensarla con algunas valiosas mercancías que Dryna no habría podido comprar con sus modestos ingresos.

—El hombre que te mató, lo pagará algún día, aunque tengamos que morir juntos —murmuró.

Sin embargo, era una empresa punto menos que imposible No se podía llegar a Obarthud por el aire. Disparar cohetes no serviría de nada. Si pretendía hacerse pasar por un comerciante, examinarían su cerebro y encontrarían intenciones hostiles hacia Kithommir.

Podía pensarse, incluso, en la travesía a pie del desierto, pero, suponiendo que pudiera sobrevivir, sería descubierto indefectiblemente en los últimos kilómetros. Y. sin embargo,

aquella fortaleza debía de tener un punto débil...

Algo se le acercó ronroneando suavemente. A pesar de que tenía que madrugar, se sentía desvelado. Sage acarició la cabeza del animal. Otro, idéntico, llegó segundos más tarde.

Estaba sentado en la escalerilla de acceso a la nave. El patio se hallaba brillantemente iluminado. Si alguien quería entrar, sería descubierto inmediatamente.

Los animales se tendieron a su lado. Sage dejó pasar el tiempo, meditando profundamente. Mucho rato después, empezó a sentir sueño.

Las luces se apagaron repentinamente. La oscuridad le desveló en el acto.

El establecimiento tenía un generador propio y le extrañó que no entrase en funcionamiento automáticamente. En el acto se sintió invadido por una instintiva sensación de peligro.

Los animales se agitaron, nerviosos.

—Quietos —siseó el joven.

Los movimientos de las bestias cesaron en el acto. Sage intentó taladrar las tinieblas con su mirada.

Imposible. La oscuridad era absoluta.

Tratábase de un apagón general y adivinó que había sido provocado. «Hombres de Kithommir. Ese tipo tiene el brazo muy largo», pensó.

Súbitamente, oyó rumor de pasos en las inmediaciones.

—Cuidado, tú —dijo alguien.

—La escotilla está al otro lado —se oyó una segunda voz.

—Vamos, no perdamos tiempo. Las luces volverán a encenderse antes de quince minutos.

—¿Crees que funcionará el aparato?

Sonó una risita burlona.

—Está programado para hacer explosión a las dos horas del despegue. El reloj se pondrá en funcionamiento automáticamente, apenas se conecten los motores de la nave. No te preocupes, no fallará... y él no se enterará siquiera de que se conviene en polvillo cósmico.

Las voces sonaron más cerca. De repente, Sage dio una orden:

—¡Andad! ¡A ellos!

Los animales saltaron en busca de sus presas. Hubo unos atroces chillidos, mezclados con unos gruñidos que no tenían nada de humano. Se oyeron chasquidos de huesos. Los alaridos de las victimas cesaron en menos de un minuto.



Laurie llegó al patio minutos antes de las nueve. Su sorpresa fue enorme al ver dos bultos cubiertos con sendas lonas. Había manchas rojizas debajo de aquellos bultos.

La joven se quedó atónita al ver a Sage en compañía de dos animales, que parecían perros, pero que tenían el tamaño de terneros. El cuerpo de las bestias estaba cubierto de gruesas escamas, semejantes a las de los saurios, pero en las articulaciones había la flexibilidad suficiente para que pudieran desarrollar una velocidad increíble caso de tener que echar a correr.

—Son canes de Hibbinus —explicó él—. Los compré de cachorros y los he educado yo mismo. Ni un león terrestre podría oponerse a ellos con posibilidades de éxito.

Laurie se estremeció.

—Son terribles, en efecto.

—Obedecen ciegamente las órdenes de su amo. No le harán nada, mientras yo se lo prohíba, pero si intentase atacarme, la despedazarían en treinta segundos... como les pasó a esos pobres imbéciles.

—Por lo visto, intentaban robarle mercancías.

—Nada de eso. Querían volar la nave, pero ya en el espacio, naturalmente.

Sage consultó su reloj.

—Será mejor que suba a bordo. Falta un minuto solamente para la hora del despegue y no me gustaría que me multasen por retrasarme injustificadamente.

Laurie entró en el aparato. Sage sostenía a los canes acorazados por las correas y se las entregó a Fahnnerheim.

—Cuídalos. Willy.

—Me los llevaré a mi finca de recreo. Allí estarán bien. Tienen casi cinco kilómetros cuadrados para corretear —sonrió el director.

Sage le estrechó la mano. Acarició las cabezas de los gigantescos animales y se metió de un salto en la nave.

—¡Suerte! —le deseó Fahnnerheim.

Sage correspondió con un ademán de despedida. Luego corrió al puesto de pilotaje.

A Laurie se le agolpaban las preguntas en la punta de la lengua, pero él no quiso contestar una sola palabra, hasta casi dos horas más tarde. Entonces, fue hacia popa con un paquete en las manos y lo lanzó al espacio por medio de una escotilla de descarga.

El paquete quedó en el interior de la esclusa. Abrió solamente la compuerta externa. Como no había vaciado el aire del cubículo, la repentina descomprensión se llevó fuera

aquella caja. El mismo impulso inercial la hizo alejarse lentamente de la nave.

Diez minutos después, se vio brillar un enorme relámpago en el cielo.

—Bueno, ya está —dijo Sage satisfecho, a la vez que se arrellenaba en su sillón de pilotaje.

—¿Puedo saber qué es lo que ya está? —preguntó ella, impaciente.

—Los dos tipos eran, sin duda alguna, agentes de Kithommir. Debían colocar una bomba en la nave, que sería accionada automáticamente al ponerse en marcha los motores, para estallar a las dos horas. Cosa que ha sucedido, como habrá podido apreciar, sin duda

— Desde luego. ¿Qué más?

—Mis canes destrozaron a los intrusos, pero pude oírles hablar antes de que llegaran al objetivo. Alguien, en la ciudad, provocó un apagón general. ¿No se dio cuenta de ello?

—No. Dormí toda la noche...

—Bueno, incluso averiaron mi generador privado, de modo que la oscuridad era absoluta en el patio. Evité la destrucción de la nave y he hecho estallar la bomba. Alguien habrá visto el fogonazo desde el suelo y enviará un mensaje a Kithommir, en clave, naturalmente.

—O sea que Kithommir nos creerá muertos.

—Durante algún tiempo, por supuesto. Luego, sus espías, le dirán que vivimos, pero eso nos concederá una ventaja más que suficiente para acercarnos a las inmediaciones del objetivo y estudiar la forma de atacar y destruir Obarthud.

—De modo que todavía queda un espía vivo... Pero

sabrá que sus dos agentes han muerto, porque no regresaron...

—Cuando haya visto el fogonazo de la explosión, pensará que murieron, pero después de colocar la bomba. No se preocupe: casi podría asegurar que, a estas horas, Kithommir sabe ya que estamos muertos.

Laurie se quedó muy preocupada.

—Tiene espías... seguramente en Sharryl...

—De eso puede estar segura —contestó él.

Sage había llevado consigo un sombrero blando y se recostó en el sillón, cuyo respaldo había echado hacia atrás, cubriéndose los ojos con la prenda, para dormir tranquilamente.

—¡Oiga, tiene que pilotar la nave! —protestó ella, alarmada.

—He pasado la noche en vela y tengo sueño —contestó Sage, debajo del sombrero—. Y no se preocupe: la ruta está programada y a falta únicamente de saber el punto exacto donde tenemos que aterrizar cuando lleguemos a Sharryl.

—Yo se lo indicaré...

—Cuando estemos entrando en la atmósfera de Sharryl.

Laurie quiso seguir hablando, pero se dio cuenta muy pronto de que el joven no le haría el menor caso. Sonrió, aquel hombre era el adecuado para conseguir derrotar a Kithommir.

Luego se puso sería, porque pensó en lo que tenían que hacer antes de emprender el viaje a Vrödniw. Y no estaba muy segura de la reacción de Sage, cuando se enterase de lo que pretendían hacer con él.

A pesar de que ella se sometería a la misma operación, dudaba mucho de que el joven accediese. Pero era algo que

tenían que hacer, si querían emprender la misión con un mínimo de posibilidades de éxito.



Estaba en Sharryl, alojado en una lujosa estancia, de una villa situada en las afueras de la capital y que Laurie le había explicado estaba destinada a alojar a huéspedes distinguidos del gobierno. Tropas seleccionadas protegían el edificio y Sage podía disponer de cuanto necesitase, sin más que pedirlo. Pero, por el momento, le habían prohibido salir del recinto de su residencia.

Llevaba así dos días, esperando el regreso de Laurie, que se había separado de él a la llegada. Un alto oficial del gobierno le había conducido a su alojamiento y, desde entonces, no sabía nada de la joven.

Estaba saboreando una copa de excelente vino, cuando, de pronto, llamaron a la puerta.

—¡Adelante!

Laurie entró, seguida de un hombre de mediana edad, vestido con bata blanca. Sage estaba reclinado sobre un diván y se puso en pie de un salto.

—Hola —saludó jovialmente—. Pensaba que no ibas a venir...

—He estado ocupada —se disculpó Laurie—, Lee, permíteme presentarte al doctor Epholks. Doctor, este es Lee Sage, de la Tierra.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Luego, Sage volvió los ojos hacia la joven.

—¿Qué pasa, Laurie? ¿Tienen que hacerme un

reconocimiento médico antes de partir hacia Vrödniw?

Ella parecía un tanto turbada. Se mordió los labios un instante y luego hizo un ademán en dirección al galeno.

—Explíqueselo usted mismo, doctor —pidió.

—Muy bien —contestó Epholks—, Seré franco con usted, señor Sage. En primer lugar, debe saber que estoy enterado de la misión que van a llevar a cabo usted y la señorita Worth-Aigüs. Por tanto, no es necesario que usen de subterfugios conmigo al mencionar esa operación.

—Conforme, doctor. Continúe —invitó el joven.

—Los riesgos de la misión son indudables, esto es evidente. A fin de soslayarlos y, en todo caso, de asegurar la supervivencia de los dos, vamos a someterles a unas sesiones de hipnosis, mediante las cuales todos los conocimientos de ambos serán traspasados a otros cerebros, desarrollados artificialmente, aunque enteramente naturales, con lo cual queda asegurada la vida de los dos, incluso en el caso de que mueran en su expedición a Vrödniw.

Sage se quedó con la boca abierta al oír aquellas palabras.

—¿Quiere decir... que me van a sacar todo lo que sé?

—Exactamente —corroboró Epholks—. Pero usted no padecerá nada, ni sufrirá después ninguna secuela perniciosa, y continuará con todos sus conocimientos actuales que, repito, serán traspasados al otro cerebro. Es decir, duplicamos los cerebros... y los cuerpos también naturalmente.

—Cerebros y cuerpos artificiales, pero naturales —añadió Laurie—. No sé si entenderás esta paradoja...

El joven agitó las manos con cierta violencia.

—Esperen, esperen —pidió—. Si no he oído mal,

ustedes intentan duplicarme.

—Es una palabra muy apropiada —convino Epholks—. De este modo, su duplicado será el que viaje a Vrödniw, mientras ustedes dos se quedan aquí tranquilamente, sin correr el menor riesgo. La partida se efectuará en secreto, naturalmente, y los agentes de Kithommir le informarán de que ustedes continúan en Sharryl. Seguramente, creyó que estaban muertos, pero no tardará en salir de su error y obrar en consecuencia.

—Doctor, dígame, ¿cómo han conseguido esos cuerpos?

—«Fabricándolos», naturalmente, con sustancias naturales, elaboradas en el laboratorio.

—¿Y el cerebro?

—En ocasiones, y pese a los adelantos de la ciencia, hay niños que fallecen prematuramente, incluso a los pocos días de su nacimiento. Conservamos esos cerebros, los vamos desarrollando gradualmente, claro que sin conocimientos de ninguna clase y, en el momento apropiado, les traspasamos los , conocimientos de una persona que merezca ser conservada con vida. En el caso de ustedes dos, la operación no ofrece dudas. Y, le garantizo, será absolutamente indolora...

—¡Un momento, doctor! —exclamó el joven vivamente —. Antes de darle mi respuesta, quiero hablar a solas con Laurie.

Epholks asintió.

—Nada más lógico —admitió—, Laurie, llámeme cuando haya terminado de conversar con el señor Sage.

—Sí, doctor.

CAPÍTULO V

Al quedarse solos. Laurie fijó la vista en el joven.

—¿Y bien? ¿Qué tiene que oponer al plan de duplicación de personalidad? ¿Hay algo en él que no le guste, sabiendo que, si la operación fracasa, seguiremos viviendo?

—Laurie, yo podría decir que esa idea es absolutamente inhumana, carente en absoluto de sentimientos, totalmente despiadada... pero dejaré esta clase de comentarios para otra ocasión. En su lugar, quiero formular otras objeciones.

—Perfectamente. Hable, le escucho.

—Usted, perdón, el doctor Epholks asegura que los duplicados de nosotros dos serán una perfecta reproducción de los originales.

—Mejor, incluso, que si tuviéramos hermanos gemelos.

—Estupendo. Entonces, accederé a que me dupliquen, con una sola condición.

—Creo que podremos aceptarla —sonrió ella—. ¿Cuál es esa condición?

—Tú.

Laurie parpadeó.

—Creo que no he entendido, señor Sage —respondió fríamente.

—Sí, lo has entendido a la perfección. Antes de someterme a esa operación en la que me voy a duplicar, haciendo que me «nazca» un hermano gemelo a mis treinta y cinco años, quiero... Bueno, como dijo Epholks, lo mejor es ser franco. Quiero acostarme contigo. Pasaremos una noche

juntos y luego permitiré que me exploren el cerebro.

—Ni lo sueñes —contestó Laurie—. No accedería por nada del mundo...

—Entonces, no cuentes conmigo para nada. Me volveré a la Tierra y dejaré que Kithommir siga disfrutando de su encierro en Obarthud.

—Maldita sea, Lee, me lo estás poniendo muy difícil —gritó ella, exasperadamente—. ¿.Por qué he de ser yo? No me gustaría el papel de celestina, pero podría traerte otra mujer ¡oven y hermosa, si lo que deseas es saciar tu lujuria...

—No se trata solamente de lujuria —contradijo él—. Imagínate que la misión se realiza con éxito. Tú y yo volvemos... mejor dicho, vuelven nuestros dobles y... ¿qué pasará después? Yo me miraré al espejo y me preguntaré: «¿Soy yo o mi doble?» Comprenderás que no es agradable vivir así el resto de mis días sin saber si soy yo o un hermano gemelo que me ha nacido después de más de treinta años de ser hijo único.

—Bueno... los dobles serán destruidos...

—Ah. si... Y, ¿a quién destruirán? ¿Cómo sabré que yo soy mi doble vivo o el original? ¿Es que los dobles van a ser inmunes al dolor? ¿Piensas acaso que les agradará saber que van a morir, aunque sea una muerte indolora?

—Se les borrarán los conocimientos de su memoria y los cuerpos artificiales serán... serán incinerados... Una vez anestesiados, claro.

—Y sin que se den cuenta de lo que les va a pasar.

—Por supuesto.

Sage cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya conoces mis condiciones. O aceptas o me vuelvo a la Tierra.

Laurie pateó el suelo con furia.

—Maldito... Está bien, cedo... pero sólo por una noche...

—Sólo pido una noche —sonrió Sage—. Una noche de amor infinito, como no tienes la menor idea. Y, la verdad, no me agradaría volver de Vrödniw y acostarme otra vez contigo, sin saber si te abrazo a ti o a tu doble.

—¿Crees que cedería de nuevo?

—Posiblemente, si... o cedería tu doble. Hay ciertos sentimientos que se desarrollan con la persona, aunque ésta sea artificial. De todos modos, a mí me gusta lo auténtico, no lo sintético ¿No me pediste tú una vez jerez auténtico?

Laurie elevó los brazos al cielo. Sage se echó a reír.

Riendo todavía, atravesó la estancia y abrió la puerta.

—Doctor, la señorita Laurie tiene algo que decirle —expresó en voz alta.

Epholks miró inquisitivamente a la joven

—¿Cuándo se inicia la operación de sondeo, de mentes? —preguntó Laurie.

—Mañana mismo —respondió el galeno.

—Gracias, doctor. Hoy me quedaré aquí. El señor Sage quiere... Bueno, imagíneselo —exclamó ella malhumoradamente.

Epholks lanzó una alegre carcajada.

—La verdad, tiene un gusto exquisito —dijo—. Bien, me marcho para prepararlo todo...

—Un momento, doctor —pidió el joven—. Los cuerpos de nuestros dobles, supongo, ya deben de estar listos.

—Se moverán apenas haya terminado la operación de trasvase de conocimientos. Cuestión de un par de días, a lo sumo.

—Gracias, doctor. —Sage agitó una mano—. Pida que

nos envíen una buena cena. Ah, y un par de botellas de champaña terrestre, bien frió, naturalmente.

Epholks se inclinó con gran cortesía.

—Serán complacidos —aseguró.



Lentamente, sin hacer el menor ruido, Sage se sentó en el lecho y miró hacia su izquierda.

Laurie dormía apaciblemente a su lado, con el espléndido cuerpo cubierto por el embozo hasta el cuello. La cabellera estaba esparcida sobre la almohada, como un abanico de hilos absolutamente negros.

Muy despacio, se bajó de la cama y metió los pies en unos zapatos blandos. Luego se puso unos pantalones cortos, no necesitaba más por el momento.

Actuando siempre con el máximo sigilo, salió del dormitorio. Había recorrido la residencia durante los días que llevaba allí alojado y conocía bastante bien el interior del edificio.

Descendió al primer piso. Al fondo, divisó una puerta cerrada. Ya sabía que estaba allí el laboratorio donde se iba a realizar la operación de duplicación de cuerpos y mentes.

Sin poder contenerse, puso la mano izquierda sobre el hueco del brazo derecho y levantó éste.

—Y un cuerno, me van a dar un hermano gemelo, a estas alturas —masculló.

La puerta del laboratorio estaba cerrada con llave. Sage se admiró, y maldijo al mismo tiempo, de la falta de precauciones de aquellos sujetos. «A escobazos los echaría

Kithommir», pensó, furioso.

Entró y cerró a sus espaldas. La luz estaba encendida.

Había dos cuerpos humanos, tendidos sobre sendas mesas de operaciones. Se hallaban desnudos, aunque cubiertos por sábanas. Sage se acercó a su doble y lo contempló en silencio durante unos momentos.

Al cabo de un corto rato, agarró su muñeca. Estaba completamente fría: la sangre no empezaría a circular por las venas de aquel cuerpo, hasta que se hubiese realizado el trasvase de conocimientos al cerebro. Entonces, aquellos cuerpos cobrarían vida y serían una reproducción absolutamente idéntica a los originales.

Bien mirado, no era mala idea. A fin de cuentas, si morían en la expedición, morirían los dobles, pero no sentía el menor deseo de saber que, al menos durante algún tiempo, había un exacto duplicado de su persona, con sus pensamientos incluso, moviéndose como si fuese él. Y si se salvaban, ¿quién les garantizaba la identidad original?

Durante dos días permanecería inconsciente. ¿Cómo saber, al despertar, cuál de ellos era el primitivo Lee Sage?

Examinó los instrumentos. El laboratorio disponía de artefactos sumamente complicados, algunos de los cuales le resultaron totalmente desconocidos. Había grandes frascos con sustancias de todas clases. A fin de cuentas, había sido preciso reproducir fielmente hasta el último átomo de la carne y de los huesos. En una estantería vio un par de enormes botellones de vidrio, repletos de un líquido absolutamente transparente. Era alcohol puro, según comprobó momentos después.

De pronto, divisó un aparato en el que había un indicador de temperatura en funcionamiento. Después de

unos momentos de atento examen, llegó a la conclusión de que era un sistema de mantenimiento de la sangre artificial en estado líquido.

El indicador señalaba diversos grados de calor. Sage lo estudió atentamente y luego fue a un enorme armario, lleno de estantes, en el que había una infinidad de instrumentos quirúrgicos.

Eligió uno que parecía un destornillador y un fino bisturí. Luego manipuló en el indicador de temperatura. Disponía de termostato, lo encontró y lo quitó, arrojándolo a un rincón.

La temperatura empezó a subir inmediatamente. Luego peló dos cables eléctricos, y los dejó muy próximos. Finalmente, puso los botellones de alcohol, destapados, en el lugar más cercano al punto donde iba a producirse el cortocircuito. Uno de los recipientes quedó en equilibrio inestable, sostenido apenas en el borde de la mesa de trabajo por una pequeña bandeja, de forma muy alargada.

La tarea había terminado. En silencio, con el mismo sigilo que a su llegada. Sage emprendió su regreso al dormitorio.

Transcurrieron unos minutos. En el indicador de temperatura, la aguja estaba llegando ya a la línea roja de peligro.

De los puntos donde se había quitado el aislante en los cables, brotaban minúsculas chispitas eléctricas. En aquel instante, la puerta del laboratorio se abrió cautelosamente.

Un hombre entró y cerró con gran cuidado. Luego, sin producir el menor ruido, se acercó a la mesa donde estaba el doble de Sage.

El individuo sonrió torvamente. Se acercó a la otra mesa

y contempló la inmóvil figura femenina.

Después de unos momentos de observación, fue al armario del instrumental y eligió un bisturí y una sierra para cortar huesos. Cuando regresaba, se produjo el cortocircuito.

Las chispas saltaron violentamente. El cable se agitó como una serpiente viva. Uno de los frascos de alcohol se volcó y el líquido se inflamó instantáneamente con gran llamarada.

El otro frasco estalló con indescriptible violencia y el líquido ardiendo envolvió instantáneamente las ropas del intruso, de cuyos labios se escapó un grito horripilante.

* * *

Los gritos de alarma sonaron en la planta baja. Laurie, despertada bruscamente, se sentó en la cama primero.

—¡Fuego, fuego! —oyó.

La joven saltó del lecho y buscó una bata. A su lado. Sage se movió torpemente.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó con lengua estropajosa.

—Hay fuego —dijo ella.

Corrió hacia la puerta. Un guardia se acercó presurosamente.

—Se ha declarado un incendio en el laboratorio, señorita —informó—. Pero no tenga cuidado, está perfectamente controlado y no se propagará al resto de la casa.

Abajo se oían voces y carreras. Alguien lanzó un atroz juramento.

Sage se sentó en la cama y sacudió la cabeza.

—¡Rayos, la pesqué buena anoche! —se lamentó.

Laurie volvió a su lado.

—Te emborrachaste como un cerdo —dijo.

—Lo siento. El champaña me enloquece... Pensé que podría resistirlo...

—¿Resistirlo? ¡A la tercera copa caíste como si te hubieran matado! —le reprochó ella, entre furiosa y despreciativa.

Sage se cogió la cabeza con las manos.

—Lo lamento —dijo—. Mi pobre cráneo... Parece como si estuviera a punto de estallar...

—Será mejor que te pongas bajo la ducha —aconsejó ella.

—Sí, es una buena idea.

Desnudo, sin molestarse en vestirse siquiera con una bata, dando traspiés continuamente. Sage fue al cuarto de baño. Diez minutos más tarde, salió, con la mitad inferior del cuerpo envuelto en una toalla.

Laurie le tendió una taza humeante.

—Toma, te sentará bien —dijo.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Laurie fue a abrir. El doctor Epholks entró inmediatamente.

—Tengo malas noticias para ustedes —manifestó—. El laboratorio ha quedado destruido.

Sage miró al científico por encima de su taza.

—¿Qué ha sido de nuestros dobles, doctor?

—Siento tener que informarles de algo muy desagradable. Los cuerpos que teníamos preparados han sufrido, daños irreparables. De haber estado vivos, no podrían salvarse.

—Tengo la impresión de que alguien se descuidó...

—No —contradijo Epholks con firmeza—. Fue un

incendio provocado.

Sage apretó los labios. Si descubrían que lo había hecho él...

—¿Cómo lo sabe, doctor? —preguntó Laurie.

—Hemos encontrado el cadáver de un hombre. Se le ha podido identificar: era uno de los oficiales de la guardia. Suponemos que entró para destruir el laboratorio y le ocurrió algo que le impidió escapar a tiempo.

Sage se sintió a la vez aliviado y sorprendido. Conque había entrado alguien después de él, se dijo.

—No cabe duda —expresó con voz neutra—; Kithommir tiene el brazo muy largo. Será cosa de recordarlo constantemente, ¿no te parece, Laurie?

—Desde luego —respondió la muchacha.

—Sin embargo, hay algo que me intriga enormemente —continuó Epholks—. El indicador de temperatura del tanque de la sangre artificial ha sido manipulado. Alguien quitó el termostato y la temperatura se elevó anormalmente, lo que pudo provocar el recalentamiento de unos cables, que se pusieron en cortocircuito.

—Tal vez lo hizo el oficial traidor —apuntó Sage.

—Sí, pero, entonces, ¿por qué no escapar inmediatamente? Se sabe que se apoderó de una sierra para huesos y un bisturí grande. ¿Por qué no provocar el fuego después de trocear los cuerpos'? Además, el cortocircuito no habría provocado el incendio del alcohol tan rápidamente, ya que los frascos estaban a varios metros de distancia. No sé... —Epholks meneó la cabeza—. Hay algunos puntos oscuros en este incendio y no acabo de verlo todo muy claro.

—Quizá tenía un cómplice y éste pudo escapar. ¿No lo crees así, Laurie? —dijo el joven.

Ella se volvió hacia Epholks.

—En resumen, tenemos que ir a Vrödniw nosotros mismos, doctor.

—Mucho me temo que sea ésa la única solución. Tendríamos que preparar otros dos cuerpos, no hay cerebros disponibles...

—Prefiero ir yo en persona, aunque corra el riesgo de dejarme el pellejo en la empresa —exclamó Sage—. Laurie, quiero que te fijes en un detalle. Teníamos que permanecer un par de días inconscientes, ¿no es así?

—En efecto; era lo previsto...

—Al despertar, dime, ¿habrías podido asegurar si tú eras tú o tu doble?

—Bueno, creo que... despertándome en el mismo sitio donde me habrían dormido...

—¿Ah, sí? ¿Y cómo podrías asegurar que no te habían cambiado de mesa durante el sueño artificial?

—Yo les habría garantizado las personalidades respectivas —aseguró el médico rotundamente.

Sage se dispuso a continuar la polémica, pero, de pronto, se dio cuenta de que si insistía, podía hacerse sospechoso.

—Como sea, la cosa ya no tiene remedio y tendremos que ir nosotros en persona —dijo—. ¿Cuándo, Laurie?

—No tardaremos mucho; un par de días, a lo sumo.

Agarró el brazo del joven y se lo llevó aparte.

—Pero esta noche dormirás solo —agregó furiosamente.

Sage sonrió y no dijo nada.

CAPÍTULO VI

Como en la ocasión anterior, Sage se tumbó en el sillón, con el sombrero sobre los ojos. Laurie le dirigió una mirada irritada.

—¿Es así como piensas pilotar la nave? —preguntó.

—Ya está programada —contestó él lacónicamente—. Durante varios días, no tendremos que hacer nada, salvo comer y dormir. ¿Qué quieres que haga ahora, saltar a la comba?

Laurie se calló un momento. Luego dijo:

—Lee, he estado pensando mucho estos días.

—Habrás consumido los analgésicos a paladas —dijo Sage burlonamente.

—En todo caso, habría tenido motivos para ello. También tengo motivos para sospechar que fuiste tú el que incendió el laboratorio.

—¿De veras lo crees así?

—Estoy convencida, aunque no tenga pruebas.

—Bueno, ¿y por qué piensas que fui yo?

—Primero, tú no habías estado en el laboratorio y, sin embargo, mencionaste un posible cambio de mesas durante nuestro sueño. ¿Cómo podías saber que nos pondrían en mesas y no en camas?

—Me pareció lógico. A fin de cuentas, íbamos a ser sometidos a una operación...

— Indolora y no quirúrgica. La mesa podía no ser necesaria.

—¿Dónde estaban los dobles. Laurie?

Ella se mordió los labios.

—En sendas mesas, claro...

—Entonces, acerté, eso es todo.

—Aún hay más. Lee.

—¿Sí?

—Te emborrachaste durante la cena

—Tomé un par de tragos de más.

—Tomaste tres copas, exactamente. A un tipo avezado como tú, eso no le causa ningún efecto. Simulaste la borrachera...

—¿Te sientes decepcionada porque el alcohol me impidiera hacerte una de mostración de mi potencia sexual? —preguntó él sarcásticamente.

—No. Porque simulaste la borrachera, no por consideración hacia mí, sino para conseguir que me durmiera y entonces, sin que yo lo advirtiese, poder deslizarte hasta el laboratorio y asesinar a nuestros dobles.

—¡Eh, eh! —protestó él—. Eso de asesinar es muy fuerte. Sólo se destruyeron unos cuerpos inanimados...

De pronto, se interrumpió. Laurie se echó a reír.

—Acabas de delatarte. Has negado que los asesinaras, pero eso es tanto como admitir que provocaste su destrucción.

Sage se quitó el sombrero de la cara.

—Está bien —admitió—. Sí, lo hice yo y lo haría mil veces, si fuese necesario. Ya conoces los motivos... y aunque nuestros dobles fueran destruidos a la vuelta, yo viviría siempre con la duda de no saber si yo era yo o él doble creado por un enloquecido imitador del doctor Frankenstein. Prefiero que haya sido así, ¿me oyes?

Ella le miraba fijamente.

—Entonces, ¿por qué no te negaste desde un principio? —preguntó.

—Primero, no sabía si me gastarían alguna jugarreta, narcotizándome antes de tiempo. Yo quería destruir los dobles y no se me ocurrió otra idea mejor que pedirte que te quedases conmigo toda la noche. La fingida borrachera fue el pretexto para confiarte y así poder bajar al laboratorio y pegarle fuego. Y, por último, quería y sigo queriendo ir a Vrödniw, pero yo mismo, con mi inteligencia natural, porque deseo destruir a Kithommir. ¿Está claro?

—Sin embargo, no supiste calcular la posibilidad del ataque de un traidor.

—No, pero, ¿y vosotros? El laboratorio estaba solitario, abandonado, como un monumento en una plaza pública, donde los borrachos pueden acercarse a vaciar la vejiga a la medianoche... Queréis luchar contra Kithommir; pero no sabéis adoptar las precauciones más indispensables... Sería para reír, si no fuese porque dan ganas de llorar.

—Estás muy crítico, Lee —dijo ella, dolida—. Hacemos lo que podemos, te lo aseguro.

—Sí, pero bastante mal. Y, a partir de ahora, se harán las cosas a mi modo. Si no te gusta. Laurie, tienes un par de botes salvavidas. Todavía estamos cerca de Sharryl y puedes volverte a casa.

—No; iré contigo. Lee.

Sage volvió a ponerse el sombrero sobre los ojos.

—Entonces, oye la primera noticia. Nuestra próxima parada será Kindor.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

El joven no contestó. Laurie aguardó unos momentos su respuesta. Luego vio que respiraba regularmente y, abriendo

los brazos con gesto de resignación, emitió un hondo suspiro.

—¡Qué hombre! —murmuró—. No hay otro como él...

Volvió a mirarle. De pronto, sonrió.

—Bien mirado —dijo quedamente—, quizá haya sido mejor que vayamos nosotros y no nuestros dobles.

* * *

La nave orbitó con relativa lentitud, a unos quince mil metros del suelo. Desde la altura podían ver la absoluta devastación sufrida por Kindor.

En algunos lugares, las cimas de las montañas habían sido incluso arrancadas por la violencia del tornado cósmico. Los lugares llanos estaban absolutamente arrasados.

Apenas si había rastros de vegetación, aunque, en algunos puntos, se veían tímidas manchas verdes.

—La hierba crece, a pesar de todo —dijo él.

Muchos ríos habían cambiado de curso. Vieron un gigantesco hoyo, de varios millares de kilómetros cuadrados de extensión, completamente seco.

—Ahí había un lago y el huracán lo vació. El agua caería desparramada a enorme distancia y luego se evaporaría en la atmósfera...

—Veo un riachuelo que llega hasta el fondo —dijo Laurie.

—Debe de ser uno de los afluentes. Con el tiempo, el hueco volverá a llenarse.

—Pero los peces habrán muerto.

—Todos los animales, excepto los que vivían en los

océanos, que resistieron mejor los embates del tornado. Ahora se puede decir que en Kindor sólo viven algunos peces y algunos insectos.

Estaban volando sobre una inmensa extensión llana, absolutamente desierta. De pronto, Laurie lanzó una exclamación:

—Lee, ¿qué es eso?

Sage volvió la mirada. Abajo, en el suelo, se divisaba una extensa mancha circular, completamente negra, cuyo origen le resultó desconocido.

—Parece como si alguien hubiera encendido un enorme brasero de leña y eso que vemos fuesen los restos del fuego —dijo.

Usó el telémetro para medir la mancha y halló que tenía un diámetro de casi veinte kilómetros. Un poco más allá, a unos cien kilómetros escasos, divisaron una mancha similar.

A medida que avanzaban, veían más manchas. Sage llegó a contar hasta doce, situadas en una hilera regular, en una longitud total de unos mil doscientos kilómetros.

—No puedo explicarme qué puede ser eso —dijo—. En Kindor no había gigantes que encendiesen fuegos descomunales...

Uno de los indicadores del cuadro de mandos empezó a centellear repentinamente. Sage manejó los controles y, a los pocos segundos, lanzó una exclamación:

—¡Laurie, hay supervivientes!

La joven respingó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Mira —señaló él los indicadores—. El sensor de calor corporal está funcionando.

—Puede tratarse de algún animal...

—No —contradijo Sage—, Este aparato dispone de REEG. Las indicaciones son muy precisas y señalan actividad cerebral inteligente. Si se tratase del cerebro de un animal, los registros serían muy diferentes.

—No entiendo qué quieren decir esas cuatro iniciales —dijo Laurie.

—Radioelectroencefalograma. No hace falta aplicar los electrodos a la cabeza de una persona, para recibir sus emisiones cerebrales.

—Ahora ya lo entiendo. Hay supervivientes, pero... ¿dónde están?

Sage empezó a explorar el suelo con los visores telescópicos. Momentos después, descubría una columnita de humo gris.

—¡Ahí los tenemos! —exclamó—. Sólo los seres inteligentes serían capaces de encender fuego en un lugar donde la vegetación quedó arrasada.

✲ ✲ ✲

La nave se posó lentamente en las inmediaciones de una ladera rocosa, en la que se veía el negro orificio de una cueva.

En el suelo se divisaban los rastros de una hoguera, que había sido apagada momentos antes. Sage comprendió muy bien lo que pasaba en el ánimo de aquellas gentes.

Antes de abandonar el aparato, usó el altavoz exterior para hacer una llamada amistosa:

—¡Salgan sin temor! ¡Somos amigos y queremos ayudarles! No tenemos intenciones hostiles, se lo

aseguramos.

Transcurrieron unos minutos. Luego, lentamente, varias figuras aparecieron en la entrada de la cueva.

—Salgamos, Laurie —dijo el joven.

Sage saltó al suelo, con las manos separadas del cuerpo, para indicar de este modo sus pacíficas intenciones. Los supervivientes, pronto pudo apreciarlo, eran cinco: un matrimonio relativamente joven y tres hijos, cuyas edades oscilaban entre los doce años del mayor y los siete del menor. Había una niña y aparentaba unos nueve años.

Vestían pobremente y era evidente que estaban pasando grandes privaciones. Laurie les compadeció íntimamente, pensando en la dureza de la existencia de unos seres que meses antes, habían dispuesto de todas las comodidades.

El hombre, sin embargo, parecía resuelto y decidido.

—Soy Jan Ordux —se presentó—. Mi mujer, Tryna, y mis hijos Rod, Matsa y Jan. Bienvenidos a Kindor... a lo que queda de Kindor, quiero decir.

Sage y Laurie correspondieron a los saludos de la familia. Luego. Sage quiso saber cómo habían logrado sobrevivir. Pero la joven se mostró más práctica.

—Lee, deja las explicaciones para más tarde —aconsejó —. Señor Ordox, ¿me equivoco mucho al pensar que les gustaría hacer una buena comida?

Ordux sonrió.

—Vivimos miserablemente...

—Vengan a bordo. Ya tendremos tiempo de hablar.

Los cinco supervivientes entraron en la nave. Laurie se llevó a Tryna a la cocina. Ofreció refrescos a los chicos y sirvió una copa de vino al hombre.

—Dentro de un cuarto de hora, estará la comida —

sonrió.

Ordux meneó la cabeza.

—Esto me parece imposible...

—Se salvaron de milagro —dijo Sage—. ¿Cómo lo consiguieron?

—Yo estaba de vacaciones. Toda la familia nos vinimos a este lugar, a pasar unos días en plena naturaleza. El huracán se llevó nuestro vehículo, nuestras pertenencias... prácticamente, todo lo que poseíamos, salvo algunas cosas que habíamos depositado en la cueva por comodidad... Aquí —Ordux movió la mano en círculo—, había un extenso bosque y un rio corría cerca de la ladera. El huracán se lo llevó todo, aunque la corriente vuelve a fluir, porque, seguramente, el manantial que origina el río no quedó cegado.

—Comprendo. Sin duda, se refugiaron en la cueva cuando la fuerza del viento se hizo irresistible.

—Sí, era nuestra única salvación. Por fortuna, la entrada de la cueva estaba en dirección opuesta al viento. Sin embargo, hubo momentos en que creíamos morir... La succión causaba en ocasiones un vacío casi total y apenas si podíamos respirar...

—Ahora ya están a salvo, aunque, me imagino, en unas condiciones extremadamente difíciles. Sin embargo, procuraremos ayudarles lo más posible. Me gustaría hacerle una pregunta, señor Ordux.

—Sí, claro... pero llámeme Jan, por favor —sonrió el hombre.

—Muy bien, Jan. ¿Tiene usted alguna idea de lo que pudo producir el huracán? Por si no lo sabía, le diré que fue un fenómeno provocado.

Ordux asintió.

—Algo me pareció a mí desde un principio —respondió —. Nunca había pasado nada semejante en Kindor. Pero no sé qué pudo causar el tornado... como no sean los fuegos que vimos poco antes de empezar las primeras ráfagas...

—¿Ha dicho fuegos? —exclamó Sage, súbitamente interesado.

—Al menos, eso es lo que nos parecieron. Casi de repente, se encendieron al mismo tiempo muchas luces de enorme intensidad. Parecían soles en miniatura... A pesar de la distancia, calculo que ninguno de ellos tenía menos de quinientos metros de diámetro o tal vez más... Incluso pudimos sentir el calor desde aquí...

Sage recordó los círculos negros que habían visto poco antes.

—Soles en miniatura —murmuró—. Un fenómeno provocado por la mano del hombre... Pero eso requeriría una maquinaria especial, muy sofisticada...

—Los fuegos se produjeron en los observatorios científicos que Vrödniw había instalado un par de años antes en Kindor —dijo Ordux

—¿Ha dicho observatorios científicos? —respingó el joven.

—Sí. Lo primero que pensamos mi mujer y yo es que los científicos que había allí trabajando habrían muerto abrasados... pero el huracán empezó a soplar a los pocos minutos y ya sólo nos ocupamos de nuestra propia supervivencia.

Sage meditó unos momentos. Empezaba a formarse una hipótesis acerca del origen del tornado cósmico, pero quería hacer antes unas pruebas, a fin de poder emitir un dictamen

que explicase lo sucedido con toda claridad.

En aquel momento. Laurie y Tryna llegaron con sendas bandejas humeantes en las manos.

—¡A comer todo el mundo! —exclamó la joven alegremente.

CAPÍTULO VII

—Jan, nos vemos obligados a dejarles aquí —dijo el joven más tarde—. Cuando regresemos, volveremos a buscarles para llevarles adonde gusten...

—No —rechazó Ordux la oferta, cortés pero firmemente —. Kindor es el mundo donde nacimos y nuestra obligación es conseguir que vuelva a ser un día nuevamente habitable. Pienso que debe de haber supervivientes en alguna parte y ahora, con su ayuda, conseguiremos encontrarlos para empezar a reconstruir todo lo que perdimos. Sólo le pido algunas herramientas y medicinas. Lee.

Sage sonrió.

—Le dejaré algo más, Jan. Le dejaré uno de nuestros botes salvavidas, movido por energía solar, con lo que su funcionamiento del motor es prácticamente ilimitado. Así podrá moverse con mayor rapidez..., y, desde luego, les dejaremos también herramientas, víveres y medicinas. Además, enviaremos un mensaje a Sharryl, para que envíen una expedición de socorro. ¿Le parece bien?

Ordux se sentía muy conmovido.

—No sé cómo agradecerles...

—Pediremos que les envíen también semillas y animales domésticos. Será una tarea dura, pero Kindor volverá a la vida.

En aquel instante, Laurie lanzó una exclamación:

—¡Lee, creo que viene alguien! He captado un chispazo en lo alto...

Sage reaccionó instantáneamente y echó a correr hacia la

nave.

—¡Escóndanse todos en la cueva, rápido! —gritó.

La orden fue obedecida en el acto. Sage se precipitó de un salto en la nave, en cuyo interior permaneció menos de un minuto. Luego salió con algo colgado del hombro y una caja de control en las manos.

Laurie le contemplaba anhelante desde la entrada de la cueva. De pronto, la nave desapareció.

Sage corrió hacia el refugio.

—¿Dónde está la nave? —preguntó ella, atónita.

—La he enviado al subespacio. Allí no podrá ser localizada. Tengo el aparato de control remoto y podré hacerla volver cuando la necesitemos. Pero lo que no puedo es permitir que nos la destruyan.

—Suponiendo que los que se acercan sean enemigos...

—Lo son —afirmó Sage.

—¿Cómo lo sabes?

—Me intimaron a la rendición. Los he enviado al diablo... ¡Ahí están!

Ordux se acercó al joven.

—Lee, si es necesario, estoy dispuesto a luchar —dijo.

Sage se volvió y sonrió.

—Usted debe cuidarse de su familia —aconsejó. Entregó la caja de control a la muchacha—. Laurie, no la pierdas por nada del mundo —dijo.

—Descuida —contestó ella.

Sage descolgó del hombro el fusil que había sacado de la nave.

—Desearía no tener que usarlo, pero...

Examinó el indicador de carga. Con aquel fusil, podía exterminar a un batallón entero. Todo dependía de la

intensidad con que graduase sus descargas.

Preocupado, pero confiado, esperó el aterrizaje de la nave que, supuso, no podía proceder sino de Vrödniw.

—Es una lástima que sólo haya leña seca y no ramajes para cubrir la entrada de la cueva —dijo Sage, cuando la astronave se disponía a tomar tierra a unos doscientos metros de distancia.

En los costados del aparato se veían los números de serie y las insignias del presidente-emperador de Vrödniw.

—Usan esas insignias, para justificar sus acciones —dijo Laurie.

—Pero es Kithommir quien mueve los hilos, ¿no?

—Exactamente. Lee.

La escotilla se abrió. Media docena de hombres saltaron al suelo.

—Tenían que estar por aquí —gritó uno—. Los sensores detectaron actividad cerebral inteligente en estos parajes.

—Además, había una nave... ¿Dónde demonios está? —exclamó otro.

Un individuo, con emblemas de oficial en las hombreras, puso pie en tierra.

—Dispérsense —ordenó secamente—. Si encuentran algún superviviente, disparen a matar.

—Admiro sus sentimientos humanitarios —dijo el joven sarcásticamente—. Bien, muchacho, como tengamos que luchar, tú serás el primero en viajar al infierno. Laurie, ve al fondo de la cueva con los demás.

—Pero...

—¡Obedece!

Ella se retiró sin formular más objeciones. Sage divisó un grueso pedrusco a poca distancia de la cueva y, actuando

con decisión, abandonó el refugio y se agazapó detrás de aquel improvisado parapeto.

Dos hombres se acercaron a la cueva poco después.

—No parece que haya nadie —dijo uno.

—En todo caso, mirar dentro no nos costará demasiado.

Sage los dejó avanzar unos pasos más. Luego, de pronto, exclamó:

—¡Levanten las manos, chicos! ¡Un fusil radiónico les está apuntando y si no obedecen, convertirá sus cuerpos en pulpa! ¡Vamos, arriba esas malditas manos!

Los soldados, aturdidos, obedecieron. Sage les ordenó tirar sus armas, orden que fue cumplida también sin dilación.

—Ahora, contesten a una pregunta: ¿Quién manda esa nave?

—El capitán Rikhe, señor —contestó uno de los soldados.

—¿Ha venido aquí por orden de Kithommir?

—Lo suponemos...

—Está bien. Llamen al capitán y díganle que han encontrado a dos supervivientes y que están muertos. ¡Rápidos; todavía tienen una posibilidad de sobrevivir!

Los soldados estaban llenos de pánico. Uno de ellos alzó la voz. El oficial llegó a la carrera segundos después

—¿Dónde están los cadáveres? —preguntó.

—Capitán, mire aquí —dijo el joven— No hay cadáveres, pero los habrá si no se rinden incondicionalmente.

Rikhe apretó los labios.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Eso no le importa...

—¡Tiene un fusil radiónico, capitán! —chilló uno de los

soldados.

—¡Eso es imposible, estúpido! Es un arma prohibida...

—También era un arma prohibida el tornado que destruyó a Kindor —dijo Sage—, Por última vez, capitán...

Bruscamente. Rikhe se volvió, a la vez que levantaba la mano armada con una pistola paralizadora. Cuando se lanzaba una descarga al máximo de potencia, el corazón de la víctima se detenía instantáneamente.

Sage no le dio tiempo a apretar el gatillo. Disparó antes y el proyectil alcanzó de lleno el cuerpo del oficial.

Se oyó un horrible aullido. La cara de Rikhe pareció derretirse, y lo mismo les sucedió a sus brazos y a sus manos. En pocos segundos, el cuerpo del oficial se convirtió en una repugnante pasta de color rojizo, que se derramó lentamente por el suelo.

—No bromeaba —dijo el joven—. Ahora, muchachos, llamen a sus compañeros y díganles que vengan con las manos en alto y sin armas. Mi fusil puede lanzar proyectiles a varios miles de metros de distancia, cosa que no se puede decir ciertamente de sus pistolas paralizantes.



Los seis prisioneros estaban junto a la ladera, llenos de abatimientos. Sage había hecho regresar a su nave, pero la captura de la astronave de Rikhe le había hecho concebir una idea.

—Viajaremos en el aparato de Vrödniw: de este modo, podremos aterrizar sin despertar sospechas. Mi nave quedará fuera, en el subespacio, lista para recogernos cuando la

necesitemos.

—Ese plan tiene un inconveniente. Lee —objetó ella.

—¿Sí?

—En Vrödniw sabrán que ha llegado la nave, pero notarán la falta de sus tripulantes en el acto...

—Ese es un problema que ya está resuelto.

—¿De veras? Me gustaría saber el procedimiento. Lee.

Sage sonrió maliciosamente.

—Un mercader del espacio transporta, a veces, mercancías prohibidas. O, simplemente, difíciles de encontrar.

—¿Por ejemplo...?

—Un poderoso hipnótico, que hará declarar a nuestros prisioneros la muerte accidental del capitán Rikhe y la ausencia de supervivientes en Kindor. ¿Qué te parece?

—Magnifico... si sus efectos duran lo suficiente.

—Varias semanas, te lo garantizo. Y luego recobrarán la memoria y sabrán que fueron engañados, pero, para entonces, habremos acabado con Kithommir.

—O Kithommir habrá acabado con nosotros.

—Una de esas dos posibilidades se producirá inexorablemente —contestó Sage con toda frialdad

Ordux se acercaba en aquel momento.

—¿Podemos ayudarles en algo? —se ofreció.

—Sí, necesito que me eche una mano. Tengo que propinar cierta droga a los prisioneros...

Media hora más tarde, Sage sacó el bote salvavidas, con capacidad para una docena de personas y víveres suficientes para un par de meses. Había, además, elementos de supervivencia y añadió algunas herramientas y utensilios que sabía podían ser útiles a los Ordux.

—Ya he enviado el mensaje a Sharryl —dijo—. La expedición de socorro llegará dentro de pocos días. Jan.

Ordux estrechó con fuerza la mano del joven.

—Nunca les olvidaremos —aseguró.

—Devuelvan la vida a Kindor —deseó.

Momentos más tarde, la nave de Sage se había ocultado nuevamente en el subespacio. Luego, Sage, Laurie y los seis prisioneros, que obedecían dócilmente las órdenes del joven, penetraban en la astronave de Vrödniw.

Los prisioneros fueron enviados a un camarote. Sage y la muchacha ocuparon la cabina de mando.

—Antes de emprender el vuelo, quiero hacer una cosa —dijo él—. Me he traído elementos para analizar las muestras de tierra del lugar donde nacieron los soles que destruyeron el planeta.

—¿Crees que fue eso lo que originó el tornado cósmico?

—Sin ningún género de dudas. Repentinamente, en cuestión de minutos, se formó una enorme barrera térmica, que provocó un brusco calentamiento de la atmósfera. El aire caldeado ascendió con creciente rapidez y, naturalmente, el aire frió ocupó su puesto. Pero como el fenómeno no cesaba, la velocidad del aire fue en aumento, hasta alcanzar cifras realmente prodigiosas.

—Doce soles... ¿Cómo los produjeron. Lee?

—No lo sé. Quizá obtenga algo de las muestras que voy a tomar de los lugares que hemos visto calcinados. En todo caso, ya es seguro que fue obra de Kithommir. Con la excusa de observatorios científicos...

Laurie se puso repentinamente pálida.

—¿Has dicho observatorios científicos?

—Sí, has oído bien. ¿Qué te sucede?

Laurie se reclinó en el sillón y cerró los ojos un momento. Sage, intrigado, vio las rápidas palpitaciones que sacudían el pecho de la joven.

—Vamos, Laurie, habla de una vez —la apremió.

—Lee... Hace cosa de seis meses, se firmó un tratado de cooperación científica entre Sharryl y Vrödniw —explicó ella— El gobierno no vio nada malo en el acuerdo y permitió...

—Permitió la instalación de doce observatorios científicos en vuestro planeta, ¿no es eso? —adivinó Sage.

—Sí, exactamente.

—Bien, como suele decirse, el enemigo ya está dentro de casa. Ahora vamos a ver si lo echamos antes de que sea demasiado tarde —contestó el joven con acento lleno de determinación.

CAPÍTULO VIII

—¿Crees que nos reconocerán. Lee?

—Tú te has teñido el cabello. Lo tenías negro y ahora es rubio. Te peinabas, es un decir, porque lo llevabas suelto, de una forma muy sencilla. Ahora llevas un peinado muy complicado. Las orejas quedan al descubierto y antes no se veían. Yo me he dejado un espeso bigote. Eso cambia la fisonomía más de lo que parece —contestó Sage.

Ya estaban en la capital de Vrödniw. Habían adoptado nombres supuestos y se hospedaban en un hotel discreto. Sage tenía allí algunos amigos, con los cuales había efectuado tratos comerciales en tiempos pasados, pero antes de dar el primer paso, quería sondear el ambiente, a fin de evitar posibles fracasos en el momento de la acción.

Algunos de aquellos amigos, lo sabía muy bien, eran de tendencias liberales, pero no podía fiarse enteramente. A fin de cuentas, eran nativos de Vrödniw y, tal vez, en un instante crítico, el sentimiento de patria planetaria podría ser más fuerte que el de la amistad.

«Tendré que moverme con pies de plomo», pensó.

Las calles estaban muy animadas.

—Bueno, si Kithommir es un dictador, no cabe la menor duda de que la gente no se manifiesta en contra de su opresión —dijo Laurie.

—¿Acaso pensabas que ibas a encontrarte en medio de una revolución? Kithommir es lo suficientemente astuto para no presionar a su pueblo. Por eso presiona a los extranjeros. Y, en el fondo, a la gente le agrada.

—Sin duda, porque no conocen toda la verdad.

—Es lógico. Tal vez un día se enteren de la destrucción de Kindor y de Aroshi VIII, pero ya será tarde..., y; por otra parte, pese a la apariencia de normalidad, los esbirros de Kithommir están por todas partes. No te fíes. Laurie.

—Ni de mi sombra —contestó ella sonriendo.

De pronto, se volvió hacia el joven.

—Lee, ¿te costó mucho vencer la tentación?

—Eh... —Sage estaba distraído—. ¿A qué te refieres? —inquirió.

—Bueno, me tuviste a tu disposición...

—Ah, era eso... La verdad, hay momentos en que las preocupaciones son un verdadero antídoto contra ciertas exigencias del cuerpo.

—Tú querías destruir los dobles y lo conseguiste. Pero después...

— Después, alguien gritó: «¡Fuego!», y ya no era la ocasión apropiada. Pero ya llegará no te preocupes.

Laurie le sacó la lengua en son de burla. De pronto, se vieron obligados a detenerse.

Una mujer, escoltada por cuatro fornidos sujetos, vestidos de uniforme, salió de lo que parecía una lujosa tienda. Era muy alta, rubia, de formas exuberantes, y vestía un traje que parecía hecho de oro puro.

La rubia volvió la cabeza un instante. Sonreía desdeñosamente y continuó su camino, hasta desaparecer en el interior de un aeromóvil, junto con su escolta.

El aparato se elevó instantáneamente. Se oyeron algunos silbidos.

—Es la amante de Kithommir —dijo alguien, al lado de la pareja.

Sage no hizo el menor comentario. Se preguntó si aquella mujer le habría reconocido.

Porque él si la conocía, aunque no quiso decir nada a Laurie por el momento, para evitar preocupaciones a la muchacha.

* * *

Estaba desabrochándose la camisa, cuando, de pronto, llamaron a la puerta.

Receloso, Sage abrió una rendija. Al otro lado, vio a un individuo gigantesco, vestido sobriamente, aunque se adivinaba un arma oculta bajo sus ropajes. Se preguntó si sería un policía.

—Señor Divonnir —dijo el desconocido.

Era el nombre con el que Sage se había inscrito en el hotel.

—Sí, soy yo. ¿Qué desea?

—La señora Row tiene el placer de invitarle a su residencia. Tengo un aeromóvil dispuesto en la entrada del hotel. Perdón, me llamo Tork, señor.

—Ha dicho la señora Row...

—Sighdala Row, señor.

Hubo un instante de silencio. Tork se permitió el lujo de una leve sonrisa.

—La invitación es auténtica y no encierra ningún doble significado, señor —agregó.

Sage decidió que debía correr el riesgo.

—Está bien, Tork; cuando guste —accedió finalmente.

Una hora más tarde, Sage fue introducido en un lujoso

salón, en el que, sobre un diván forrado con pieles de leopardo nativo, una especie que tenía los colores rojo oscuro, amarillo y negro en la epidermis, reposaba una hermosa mujer, a la cual había visto aquella misma tarde.

Los ropajes que vestía, muy transparentes, apenas si ocultaban las atractivas formas de su opulenta figura. Sighdala tenía ahora el pelo suelto y el rostro casi limpio de maquillaje. Quizá le añadía algunos años a su apariencia, pero, aun así, resultaba mucho más agradable de contemplar.

Sighdala sonrió, mientras hacía un leve ademán.

—Déjanos solos, Tork; y procura que no nos moleste nadie.

—Sí, señora.

La puerta se cerró. Sighdala señaló una mesita bien provista.

—Sirve dos copas, ¿quieres?

Sage asintió. Ella aceptó la suya con la sonrisa en los labios.

—Nos hemos reconocido mutuamente, pero ambos hemos sabido disimular, ¿verdad?

—Es cierto —Sage se acarició el bigote—. ¿No cambia mi aspecto?

—Los ojos —respondió ella—. Son inconfundibles.

—Y tú los has visto de cerca muchas veces.

—Hace... ¿Cuánto tiempo, Lee? —suspiró Sighdala.

—No lo menciones —sonrió el joven—. Una pregunta, por favor.

—Dime. Lee.

—Tork... ¿es de confianza?

—Absoluta. Si piensas que informa a Kithommir sobre el menor de mis movimientos, estás equivocado.

—Tienes una escolta...

—Les he dado permiso para que vayan a divertirse una noche en la ciudad. La estancia en la fortaleza llega a hacerse insoportable.

—Te refieres a Obasthud, la residencia de Kithommir, naturalmente.

—No podía hablar de otro sitio. ¿No te sientas. Lee?

—Gracias, estoy bien de pie, Sighdala.

—Antes me llamabas Sighdy —le recordó ella.

—Si lo prefieres, seguiré llamándote así. Parece que has progresado mucho. Eres la amante de Kithommir...

Sighdala lanzó una estridente carcajada. Sage la miró asombrado.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—De lo que has dicho Kithommir está demasiado ocupado con sus planes expansionistas, para apreciar lo que valen diez minutos junto a una mujer hermosa. Quiere llegar muy alto y su ambición es el mejor anafrodisíaco que se pueda imaginar uno.

—Entonces, ¿por qué estás a su lado?

—Te lo diré. No quiero volver al arroyo, no quiero la pobreza... Kithommir me tiene como un objeto de lujo y yo acepto ese papel, a cambio de un magnífico salario más objetos de valor y joyas sin cuento. Me da todo lo que le pido...

—Y eso te hace sentirte plenamente satisfecha.

—Hasta cierto punto. Lee, tú y yo sabemos por qué estás aquí. Kithommir lo sabe también.

Sage levantó las cejas.

—¿Sabe que estoy en Vrödniw?

—Está enterado de tus andanzas y, aunque hubo

momento en que llegó a creerte muerto, ahora sabe que siques con vida y que, tarde o temprano, llegarás a Vrödniw. También conoce tus proyectos, naturalmente.

—Por lo visto, tiene confianza contigo.

—A veces, viene a charlar un rato conmigo. No está mucho tiempo; más bien me considera como algo en lo que descargar sus preocupaciones, pero sin pasar a mayores. No es muy locuaz, aunque sí he llegado a saber lo suficiente para conocer sus proyectos.

—Sighdy, tú no me has llamado aquí para contarme tus relaciones con Kithommir. ¿Por qué no hablas claro de una vez?

Sighdala apuró su copa y la dejó a un lado. Luego lanzó una mirada penetrante al hombre que tenía frente a sí.

—Has venido a Vrödniw para derrotar a Kithommir y no podrás conseguirlo... a menos que yo te indique el procedimiento apropiado para vencer en una batalla que tienes perdida de antemano —dijo.



Sage volvió a llenar las copas.

—Si acabo con Kithommir, tú perderás una importante posición, no social ni política, sino económica: dinero, joyas, caprichos... Eso no se hace sin un poderoso motivo, sobre todo sabiendo que, además, puedes perder también la vida —dijo después de un espacio de reflexión—. Quiero saber por qué estás dispuesta a ayudarme. Sighdy.

—¿Qué te importa? Voy a ayudarte, eso es lo interesante, ¿no crees?

—No —insistió él—. No me gusta embarcarme a ciegas en una operación peligrosísima. Nunca lo hice cuando mercadeaba de planeta en planeta, aunque los beneficios pareciesen cuantiosos, sin saber qué podía haber tras una oferta aparentemente ventajosa. Ahora pienso lo mismo y más cuando es mi propia vida la que está en juego.

—Te ofrezco el medio de acabar con Kithommir. ¿Qué importa lo demás?

Sage bebió un sorbo de vino.

—Adiós, Sighdy; ya hemos hablado bastante —dijo fríamente.

Dio media vuelta, pero ella le detuvo con un grito:

—¡Aguarda, maldito! Espera, no te vayas...

El joven se volvió a medias.

—¿Serás sincera?

Sighdala emitió un juramento nada académico, recuerdos sin duda de su antigua vida, reñida con la educación y las buenas maneras. Luego, de mala gana, dijo:

—Kithommir quiere sustituirme por otra mucho más joven.

Sage contuvo una sonrisa. A pesar de su apariencia. Sighdala ya no era una niña. Rondaba los cincuenta años físicos, aunque a todo el mundo le pareciese que tenía veinte menos. Por lo visto, pensó. Kithommir quería una amante con veinte años físicos y temporales, todo simultáneamente.

—Suele pasar —contestó con aire de indiferencia—. Los años no perdonan, pero si Kithommir tiene tan poco interés por el sexo contrario, no sé qué puede encontrar en una muchacha veinteañera.

—Parece ser que yo ya no le atraigo...

«No; se ha cansado de ti. Seguramente, eres demasiado

exigente, pides más de lo que él puede o quiere darte, y ahora desea una acompañante mansa y sumisa, que no se meta en nada, que no ambicione mandar y gobernar y no trate de meterse en todo...», pensó. Conocía bien a Sighdala y sabía que con su carácter, querría convertirse en la dueña de la fortaleza que se hallaba en el centro del Desierto Total.

Aquel gran hombre que era Kithommir no había sabido calcular, al fin, el peligro que podía representar una mujer despechada. Valía la pena obtener provecho del despecho y el resentimiento que sentía Sighdala.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Quieres vengarte de él y vas a aprovecharte de mi presencia en Vrödniw. ¿Cuál es tú método para acabar con él?

—Muy sencillo. Aunque no resultará fácil —respondió Sighdala— Ya sabes, supongo, que no es posible acercarse a la residencia de Kithommir ni por el aire ni por el suelo.

—Sí, y ése es el principal problema que debo resolver...

—Pero se puede llegar por debajo. Lee.

Sage respingó.

—No irás a decirme que cave un túnel bajo el suelo, a lo largo de mil kilómetros de desierto, ¿verdad?

—El túnel está ya construido —respondió Sighdala sorprendentemente— No es un túnel, pero sí la vía subterránea que te permitirá llegar hasta la fortaleza sin ser advertido.

—¿Hablas en serio? —preguntó Sage, que no salía de su asombro.

—¿Has oído hablar alguna vez del Zphytox?

—¿Qué es eso. Sighdy?

— En lenguaje primitivo de Vrödniw, significa Mar Interior, pero no un mar cuya superficie está al aire libre y

rodeado de tierra por completo, sino mar cuya superficie está al aire libre y rodeado de tierra por completo, sino situado bajo la corteza terrestre. Eso es Zphytox, Lee; y yo conozco el procedimiento de entrar y salir en ese mar, y llegar a la fortaleza por el lado inferior...

Sage se sintió atraído por aquellas palabras. Agarró una silla y se sentó a horcajadas frente a su hermosa informadora.

—Continúa. Sighdy, por favor —pidió—. Esto que estás diciendo resulta enormemente interesante.

CAPÍTULO IX

Llegó al hotel cuando era de día e, inmediatamente, se metió en la ducha. Cuando salía, envuelto en una toalla, vio a Laurie en su habitación.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella ásperamente.

—Divirtiéndome —respondió Sage sin inmutarse.

—Te marchaste a poco de cenar y has vuelto hace apenas un cuarto de hora... Seguramente, no habrás estado solo.

—No, no he estado solo.

—Lee, ¿te parece que es ésta la forma de acabar con Kithommir?

—Todos los métodos son buenos, cuando se quiere alcanzar el objetivo —contestó él tranquilamente, mientras se refregaba los cabellos con una toalla pequeña—. Tengo la impresión de que estás muerta de curiosidad por conocer la persona con la cual he pasado la noche.

—Me gustaría saberlo, a menos que se trate de una aventura amorosa...

—Hubo de todo —sonrió Sage—. Es la amante de Kithommir.

Ella se echó a reír.

—Estás de broma —dijo—. ¿Crees que puedo creerme semejante patraña?

—Lo creas o no, es la pura verdad. Pero no voy a insistir en ello. Ahora mismo voy a desayunar. Luego saldré a efectuar ciertas compras que estimo imprescindibles. Si quieres, puedes acompañarme: y si no, te quedas en el hotel.

Ya te enviaré lana y un par de agujas, para que te entretengas tejiendo.

—Vamos, Lee, no te burles de mí. ¿Qué es lo que te propones?

—Voy a ir a comprar una barca y el equipo necesario, para realizar una excursión por el Zphytox. ¿Sabes qué es eso?

—No. ¿Algún paraje turístico?

—En cierto modo, porque se hacen excursiones, bien con guía, bien individualmente, según las conveniencias de los viajeros. Nosotros lo haremos sin guía.

—Y en una barca...

—Es el medio más apropiado.

—Entonces, se trata de un rio. O un lago.

—Tiene de todo y también es un mar...

—Saldré contigo —decidió la joven—. Termino de arreglarme y vendré en seguida. Yo ya he desayunado.

—Y yo estoy muerto de hambre y voy a pedir que me suban inmediatamente el desayuno —sonrió él.

Levantó el teléfono y formuló la petición. Luego terminó de secarse y empezó a vestirse.

Cuando terminaba, llamaron a la puerta.

—El desayuno, señor.

—Pase, por favor —indicó Sage.

Estaba de espaldas a la entrada, terminando de abrocharse la camisa. Oyó el ruido de la puerta, pero no se volvió.

—Deje ahí la bandeja —ordenó.

—Lo siento —contestó alguien, con una voz que parecía de trueno—. No te he traído el desayuno. Lee Sage.

* * *

El joven oyó aquellas palabras y se estremeció, porque había reconocido la voz del sujeto. Lentamente se volvió y, en el mismo instante, levantó las manos.

—Así me gusta —dijo el hombre riendo desaforadamente—. No te esperabas mi visita, ¿verdad?

Sage contempló al individuo, bajo, pero corpulento y con una fuerza física que le permitía doblar herraduras con las manos. No había venido solo; le acompañaban dos secuaces, mucho más altos y de rostro estólido, cada uno de los cuales empuñaba una pistola paralizante. El hombre situado en el centro también tenía su pistola, aunque en la funda.

—No esperaba verte aquí, Thill Skaley —dijo Sage al cabo—. ¿Puedo conocer los motivos de tu visita?

—Puedes. Voy a entregarte a Kithommir.

Hubo un momento de silencio. Luego, el joven dijo:

—No hablarás en serio, Thill. Somos competidores y, en ocasiones, hemos luchado ferozmente por un mercado...

—No bromeo, Lee —atajó el otro—. Te diré la verdad: Kithommir te busca como loco. Yo te entregaré y, a cambio, recibiré la concesión del monopolio del comercio de Vrödniw con la Tierra. Tú lo intentaste hace años y sólo conseguiste un permiso temporal.

—Y a ti te lo negaron.

—He esperado el desquite mucho tiempo. Entonces, me hiciste una sucia jugarreta...

—Pagué más que tú por los impuestos correspondientes. Tú querías que te cediesen el permiso por una miseria. No se

puede regatear en ocasiones, Thill; pero esto no importa ahora, supongo.

—Lo que importa eres tú. Lee. Kithommir tiene una especie de delegación de la capital y veremos a su jefe. Te entregaremos a cambio del permiso de comercio.

—¿Dónde me tendrás hasta entonces?

—Dispongo de un almacén, donde guardo todas las mercancías que he traído para vender. No puedo sacar siquiera un cuaderno de papel, pero me permiten tener ese depósito, en tanto se recibe el permiso.

—Me llevarás allí...

—Y cuando Kithommir envíe a buscarte, irás a verle.

—Thill, ¿cómo has sabido que estoy aquí?

—Tuve una primera entrevista con Kithommir, aunque no directamente, sino a través de su circuito privado de televisión. Me preguntó por ti, sí bien no mencionó las causas de su interés. Pero uno aplica el oído aquí y allá... y acaba por saber cosas interesantes. Lee, tú vales para mí un permiso ilimitado de un productivo monopolio comercial. No lo tomes a mal, los negocios son así.

Sage prefirió callar por el momento. Había visto algo inesperado y no quiso dar a entender que la situación podía cambiar. En el mismo instante una mano sacó la pistola de la funda de Skaley y apoyó el cañón en el centro de su espalda.

—Señor, diga a sus esbirros que tiren las armas al suelo o le paralizaré el corazón —amenazó Laurie.

La sorpresa de Skaley fue enorme. Sage no perdió el tiempo y saltó hacia uno de los guardaespaldas, para quitarle la pistola.

El hombre se resistió un poco. El arma se desvió, a la vez que lanzaba una descarga.

Se oyó un seco grito. El otro esbirro soltó el arma, se llevó las manos al pecho y, tras un par de terribles convulsiones, cayó al suelo.

Sage golpeó en la mandíbula al guardaespaldas con el que luchaba. El hombre se desplomó sin sentido.

Luego. Sage se acercó a Skaley. El comerciante estaba lívido.

—Lee, amigo mío, no te habrás creído... Era una broma, sólo pretendía divertirme un rato...

El joven levantó la mano, para golpear de revés el rostro de su competidor, pero hizo un esfuerzo y consiguió serenarse.

—Thill, has dicho que tienes aquí un depósito de mercancías —exclamó.

—Sí, he traído de todo... Vale millones en la Tierra y aquí podría producirme diez veces más... Te daré la mitad si...

—¡Cállate! —ordenó Sage bruscamente—. Laurie, sigue apuntándole con la pistola. Dispara al menor gesto sospechoso que haga, ¿entendido?

—Descuida. Lee —contestó la joven—. He llegado a tiempo, parece.

—Sí, aunque estos brutos me han estropeado el desayuno... Pero eso no tiene importancia ahora.

Sage buscó en su equipaje. Al cabo de unos momentos, volvió junto a su rival en los negocios.

Tenía un pulverizador en la mano y arrojó un chorro de gas al rostro de Skaley. El sujeto tosió varias veces, pero se recuperó muy pronto. Sage repitió la operación con el guardaespaldas inconsciente. Laurie se preguntó qué propiedades tenía aquel gas.

Pronto lo supo.

—Thill, ahora mismo vamos a ir a tu almacén y me enseñarás el manifiesto de embargue de la mercancía, incluyendo la lista privada de objetos que no has querido declarar al zarpar de la Tierra. ¿Lo has entendido?

—Si —contestó Skaley con voz sin apenas entonación.

—Lee, ¿está hipnotizado? —preguntó Laurie con un susurro.

Sage sonrió.

—Le durará casi veinticuatro horas.

—Pero luego despertará...

—Antes de que eso suceda, le propinaré otra dosis y le ordenaré olvidarnos en absoluto. El mandato permanecerá en su mente durante varios meses, antes de que se disipen por completo los efectos de la droga. Por lo demás, actuará normalmente y nadie notará su estado.

—De acuerdo. ¿Qué esperas conseguir en el depósito de mercancías de tu competidor?

—Te lo diré cuando conozca exactamente las existencias —respondió Sage.



Sentado ante un escritorio, Sage repasaba un montón de papeles, con el ceño fruncido y el ojo despierto. Skaley se hallaba a su lado, facilitando aclaraciones cuando surgían algunas dudas.

De pronto, Sage vio algo que llamó su atención.

—Thill, ¿qué significa esto de S.T. 1000? —preguntó.

—Es una partida de explosivos. Súper-T.N.T. Nuevo en

la Tierra. Tiene una potencia mil veces mayor que el T.N.T. normal.

—Es decir, un gramo de S.T. representa un kilo de trinitrotolueno.

—Exactamente.

—¡Santo Dios! Tú has traído un par de toneladas...

—Y la fórmula. Aquí puede interesarles.

Sage estuvo a punto de arrear un puñetazo al sujeto, pero pudo contenerse. Luego siguió repasando la lista de mercancías.

Laurie le contemplaba en silencio, sin atreverse a interrumpirle. Cuando terminó. Sage entornó los ojos y movió los dedos sobre la mesa.

Transcurrieron casi cinco minutos en completo silencio. De pronto. Sage se puso en pie.

—Recuerda, Thill, has de obedecerme en todo cuanto te ordene y no mencionarás a nadie mi presencia en Vrödniw.

—De acuerdo. Lee —contestó Skaley.

—Mañana por la mañana, vendremos a buscar las cosas que figuran en esta lista. —Le entregó un papel—. Tenlo todo preparado, sin omitir el menor detalle.

—Sí, Lee.

—Vamos, Laurie.

Salieron del almacén y regresaron a la ciudad. Media hora más tarde. Sage y la muchacha entraban en una oficina alegremente decorada.

—Hola —saludó el joven—. Dos billetes para una excursión a Zphytox, por favor.

—¿Llevarán guía? —preguntó el empleado.

—No; preferimos viajar solos...

—Muy bien, pero tendrán que firmar un documento, en

el que se nos exime de toda responsabilidad por lo que pueda ocurrirles. Es fácil perderse en Zphytox y hay quien ha muerto de hambre y de frió sin poder ser socorrido.

—Eso sería antes de que se inventase la radio —dijo Sage riendo.

—Ahora también. La peculiar disposición de Zphytox hace, a veces, imposibles las comunicaciones radiadas.

—Bueno, correremos el riesgo, no se preocupe. En la Tierra somos unos reputados espeleólogos, y perdone la inmodestia.

—Conforme. ¿Cuántos días piensan estar, aproximadamente?

—Una semana, dos como máximo. Seguramente, regresaremos antes..., pero nunca se sabe... Dicen que Zphytox es tan hermoso...

—La lástima es que esté bajo tierra —suspiró el empleado—. Sus nombres, por favor.

—Señor y señora Divonnir —contestó Sage desenvueltamente.

Regresaron al hotel. Tork aguardaba en el vestíbulo, aunque no dio señales de reconocerles. Pero más tarde, subió a la habitación del joven y le entregó un rollo de papeles, contenido en un cilindro de metal.

—Aquí tiene lo que le pidió a la señora Row, señor. Ella me encarga le pregunte si necesitará algo más —dijo el gigantesco individuo.

—No. ya es suficiente, muchas gracias. Tork, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Lo que guste, señor.

—¿Conoce usted nuestros proyectos?

—Sí, señor —contestó Tork sin alterar su expresión.

—Usted es nativo de Vrödniw. Sirve fielmente a la señora Row, pero, a pesar de todo...

—Señor Sage, mi hermano vivía en Aroshi VIII. Había fundado una próspera granja y creado una familia feliz. Todos murieron cuando el planeta fue arrasado.

—Entiendo. ¿Sabe algo Kithommir acerca de su desgracia?

—Kithommir no se preocuparía jamás por un granjero y su familia. Sólo le interesan los millones de personas... cuando están muertos y no pueden oponerse a sus caprichos.

—Está bien, Tork. Vengaremos a su hermano.

—Yo lo habría matado, pero no he podido hacerlo. Kithommir lleva constantemente un escudo de energía individual, que rechaza todos los proyectiles, de cualquier clase que sean. No se deprende jamás del generador, ¿comprende?

Sage sonrió. Quizá por dicha razón, y no por falta de atractivo, Sighdala estaba tan desatendida, pensó.

—Gracias, será cosa de tenerlo en cuenta.

Tork se marchó. Laurie vino poco más tarde. Sage estaba sentado en un butacón, con los ojos cerrados y las yemas de los dedos juntas.

—Estás pensando en algo —dijo.

—Sí. Trato de encontrar la solución para un problema bastante difícil.

—¿Puedo saber cuál es el problema. Lee?

—Es posible que no sea necesario, pero conviene estar prevenidos para cualquier emergencia. Necesito encontrar la solución para traspasar un escudo de energía individual.

—Kithommir lo usa —adivinó Laurie.

—Hasta para dormir —respondió Sage.

CAPÍTULO X

La boca de la cueva era enorme y se abría al pie de una escarpada ladera montañosa. En las inmediaciones se veían algunos edificios, varios de los cuales eran hoteles para alojamiento de los turistas que deseaban visitar el mar subterráneo.

Sage y la muchacha viajaban en un vehículo anfibio, provisto de todo cuanto iban a necesitar, más algunas cosas que, normalmente, no usaban los visitantes. Al llegar a la entrada, se detuvieron ante el control.

Los empleados les permitieron pasar sin inconvenientes, incluso entregándoles mapas de las zonas próximas a la entrada. Después de algunos consejos rutinarios, Sage hizo avanzar el vehículo nuevamente.

Entraron en el túnel. El suelo hacía una pendiente no demasiado acusada, aunque luego se acentuó, a unos quinientos metros de la boca de acceso. Una hora más tarde, avistaron al fondo un ligero brillo.

El túnel estaba iluminado hasta el borde del mar subterráneo. Sage hizo entrar el vehículo. Las ruedas se replegaron y la quilla quedó con líneas perfectamente hidrodinámicas. La hélice se puso en movimiento. Ahora, Sage gobernaba una canoa.

La tranquilidad de las aguas era absoluta. Durante los primeros minutos, Laurie contempló absorta aquel fantástico espectáculo. El techo de roca viva se alzaba sobre ellos, a una distancia media de trescientos a cuatrocientos metros. Había enormes columnas de piedra, algunas con una anchura

de más de cien metros, lo cual proporcionaba una indudable sensación de seguridad a los visitantes.

La embarcación estaba provista de potentes reflectores, todos los cuales se podían orientar a comodidad de los tripulantes. La transparencia del agua era absoluta, pero el fondo resultaba invisible, ya que se encontraba a unos quinientos metros de la superficie.

La temperatura descendió. Laurie sintió un escalofrío.

—Ponte ropa de abrigo —aconsejó él—. Pronto llegaremos a la zona isotérmica. La temperatura constante es de cuatro grados centígrados. Se puede soportar un tiempo, pero, a la larga, puede resultar perjudicial.

—Nosotros vamos a estar aquí... ¿cuántos días, Lee?

Sage se encogió de hombros.

—No puedo asegurarlo —respondió—. Pero no menos de una semana, en el mejor de los casos.

—Por fortuna, disponemos de víveres suficientes.

—Si tienes sed, no te faltará que beber. Este mar es de agua dulce.

La embarcación era bastante grande y en la popa tenía un espacio en el que se podía montar una pequeña tienda, para dormir en los períodos de descanso. Una hora más tarde, Sage calculó que habían recorrido ya una veintena de kilómetros.

—Y tenemos que recorrer un millar todavía —dijo.

—No nos llegará el tiempo...

—Espera un poco —sonrió él.

Había sacado uno de los mapas que le había proporcionado Sighdala y estudiaba sus indicaciones casi constantemente. Debido a las moles rocosas que unían el lecho con el fondo, debían zigzaguear sin cesar, pero Sage

procuraba mantener un rumbo constante, al que volvía invariablemente después de cada virada.

Al atardecer de aquel día, tropezaron con un colosal muro rocoso, que parecía el final de Zphytox.

—Ya hemos llegado y no hemos recorrido ni trescientos kilómetros —se lamentó la joven—. ¿Qué vamos a hacer, Lee?

—Descansar. Cenar primero y dormir después. Fuera, se está poniendo el sol. Dormiremos hasta el amanecer. Después, continuaremos.

Laurie entendió que no tenía que hacer sino seguir las indicaciones del joven. Sage amarró la embarcación a un saliente rocoso y se dispusieron a pasar la noche.

Ella creyó que acababa de cerrar los ojos, cuando el joven la despertó. Laurie percibió el olor de café inmediatamente.

—El desayuno está listo —anunció Sage sonriendo.

Un cuarto de hora más tarde. Sage soltó las amarras y entregó los mandos a la muchacha.

—Sigue mis indicaciones en todo momento —dijo—. Por ahora, navega paralelamente al muro, a poca velocidad.

—De acuerdo.

Sage estaba en pie, cerca de la proa, con un mapa en una mano y la otra en un reflector, que movía constantemente a fin de orientarse. De cuando en cuando, ordenaba a la joven que se acercase al muro, a fin de reconocer algunos detalles. Laurie obedecía puntualmente y, aunque se sentía muy nerviosa, adivinaba por intuición que pronto iban a encontrar una brecha en aquel muro que parecía no tener solución de continuidad.

De pronto, Sage lanzó un grito:

—Para un poco... Así, muy bien... Da marcha adelante, lo menos que puedas... Muy despacio, muy despacio..., con cuidado; si nos hundimos, no viviremos más de cinco minutos.

Asombrada, pero resuelta. Laurie gobernó la embarcación hacia el agujero que había en la base del muro rocoso y que parecía imposible de traspasar. El techo era muy bajo y tuvieron que agacharse para no tropezar con él.

Sage relevó a la muchacha en el timón. Durante un tiempo que se le hizo agónicamente largo. Laurie permaneció casi tendida, viendo el techo del túnel a muy pocos centímetros sobre su cabeza. Empezó a sentir una angustiosa sensación de claustrofobia y se preguntó si podría soportarlo.

De repente, oyó una exclamación de alegría:

—¡Hemos pasado!

Laurie alzó la cabeza. Ya no había roca sobre ella. Inmediatamente, percibió la aceleración de la nave. En el timón. Sage manejó los controles de motor y lanzó la embarcación hacia adelante a toda velocidad.

—Como se decía antiguamente, hemos salido a mar abierto —dijo el joven, rebosante de satisfacción.

Laurie levantó la mirada. El techo no se veía.

Delante de ellos, se extendía una lámina de agua de absoluta lisura, tan pulida como el mejor espejo. Detrás, la estela formaba alborotadas líneas blancas, que luego se iban calmando poco a poco.

—¡No hay columnas! —exclamó, pasados algunos minutos.

—No. A partir de aquí, no hay nada entre el techo y el agua. La altura media del techo es de unos quinientos metros

y la profundidad de Zphytox alcanza los mil doscientos en según qué puntos.

—Esto parece un milagro de la naturaleza... Pero, ¿estás seguro de que llevamos el rumbo correcto. Lee?

—Sighdala consiguió unos mapas secretos, de los que no conoce el público. Gracias a ella, hemos encontrado el paso que comunica la zona turística con esta otra, en la que hace decenas de años que no ha entrado ninguna otra persona.

Laurie frunció el ceño.

—Lee, si no me equivoco, estamos debajo del Desierto Total.

—Eso es, encanto —rió él.

—¿Cuál es el espesor de la corteza terrestre en este lugar?

—La media es de mil quinientos metros. Suficiente, no temas.

—Mil quinientos, más quinientos... Lee, ¿cómo demonios vamos a llegar a la fortaleza de Kithommir?

—Mi plan consiste, precisamente, en no llegar a la fortaleza.

—No entiendo...

—Un poco de calma, ya lo verás. Antes de que se haga de noche, en el exterior, claro, habremos llegado a un punto situado exactamente debajo de la residencia de Kithommir.

—¿De veras?

—La distancia, a partir del muro rocoso, es de unos novecientos kilómetros. Nuestra velocidad está próxima a los cincuenta nudos, es decir, casi noventa a la hora. Saca tú misma la cuenta, ¿quieres?

Laurie asintió. Manteniendo aquel ritmo de marcha, llegarían, incluso, antes de que sobreviniera el ocaso en la

superficie. Puesto que no podía hacer nada por el momento, se dedicó a contemplar el paisaje.

Aquel mar subterráneo era, en ocasiones, bastante angosto y, podía verlo con la ayuda de los reflectores, las paredes verticales quedaban a pocos metros de distancia entre sí. Luego se separaban hasta perderse de vista, pero lo que sí se mantenía con cierta regularidad era la distancia del techo a la superficie de las aguas.

El tiempo transcurrió lentamente. Sage no quiso parar para almorzar y ella le sirvió unos bocadillos y café caliente. Alrededor de las cinco de la tarde, el reflector de proa iluminó una masa confusa a unos mil metros de distancia.

Sage quitó velocidad en el acto.

—¡Ya hemos llegado al objetivo! —exclamó.



La embarcación daba vueltas lentamente en torno a aquel colosal tubo metálico, que descendía del techo y parecía hundirse en el agua. Laurie le calculó un diámetro superior a los cuarenta metros. En uno de los lados se veían los carriles de un ascensor externo, cuya plataforma final quedaba a un metro sobre el agua.

—Lee, ¿qué es esto? —preguntó la joven, al cabo de unos minutos.

Sage estaba ocupado en amarrar la embarcación a la plataforma del ascensor. Luego se volvió hacia ella.

—La toma de agua para las necesidades de la residencia de Kithommir. No olvides que está situada en el centro del Desierto Total.

—La subirán con bombas...

—Y devuelven las aguas residuales, si bien perfectamente tratadas, a fin de evitar la contaminación del mar subterráneo. Arriba, sobre nuestras cabezas, hay unos parques maravillosos, unos jardines rebosantes de flores y de césped... y eso necesita agua en cantidades ilimitadas, como puedes comprender.

—Me pregunto por qué no aprovechan el agua del mar interior para irrigar el desierto. Esta zona podría experimentar un cambio total...

—Pero entonces, Kithommir no dispondría de un área de absoluta seguridad en torno a Obarthud.

—Eso es cierto —admitió Laurie—, Lee, ¿se conoce la extensión de Zphytox?

—No tiene tanta anchura como el desierto situado encima, ni mucho menos, pero sí se puede calcular una longitud media de mil trescientos kilómetros, por una anchura que oscila entre los tres y los cien kilómetros, y una profundidad de quinientos metros.

—Mucha agua —sonrió ella.

—Treinta mil kilómetros cúbicos. Suficiente para un par de duchas —contestó Sage de buen humor.

—¿Y no varía nunca de nivel?

—Tiene afluentes que acarrean agua continuamente desde el Norte. Por el Sur, hay un par de desagües que alimentan otros tantos ríos. Los cambios de nivel, dependiendo de la intensidad de la estación invernal, cuyas nieves, al fundirse, proporcionan el agua que mantiene a Zphytox en su estado actual, apenas pasan de los dos o tres centímetros.

—Pero en sesenta mil kilómetros cuadrados, son muchos

metros cúbicos.

—Indudablemente. Sin embargo, la sequía no se nota y cuando hay exceso de nieves y de lluvias, el aumento de nivel es imperceptible. ¿Notarías tú aquí si las aguas subieran un par de centímetros?

—Evidentemente, no. Oye, ¿qué vas a hacer? —preguntó Laurie, intrigada por las operaciones que estaba realizando el joven.

—Lo verás muy pronto —contestó Sage—. Pero vete haciendo a la idea de que vamos a estar aquí un mínimo de cinco días, quizá una semana completa.

—Entonces, ¿preparo algo de comer?

—No es mala idea.

Cuando la embarcación era vehículo terrestre, tenía una capacidad de carga superior a las doce toneladas. Sage la había cargado al máximo, porque no quería dejar cabo sin atar, ni tampoco deseaba echar en falta algo que pudieran necesitar en el último instante.

Sage finalizó los preparativos y luego se sentó a cenar. Al terminar, dijo que debían dormir.

—Mañana hemos de «madrugar» mucho. No vemos la salida ni la puesta del sol, pero seguimos el horario exterior —expresó sonriendo.

Por la mañana, después de un sustancioso desayuno, Sage inició los trabajos. Lo primero que hizo fue colocarse a la espalda un propulsor individual. Luego cargó con una pesada bolsa que contenía materiales y herramientas. Finalmente, enfocó uno de los proyectores en sentido casi vertical, inclinado un tanto en dirección opuesta al tubo de servicios de Obarthud.

—Cuando esté arriba, veré lo suficiente, aunque desde

aquí parezca que no llega la luz —dijo.

Inmediatamente, se elevó hacia las alturas. Laurie quedó sentada en un banco, confiando en que todo saliera tal como Sage lo había planeado.

Y si era así, el diabólico poder de Kithommir habría terminado definitivamente y los planetas que corrían peligro de exterminio se habrían salvado.

Poco después, oyó algunos chasquidos. Caían trozos de roca desde quinientos metros de altura El sonido de la perforadora portátil que usaba el joven llegaba considerablemente amenguado.

—Cinco días, tal vez siete... —suspiró Laurie.

El tiempo se le iba a hacer interminable. Inclinándose un poco fuera de la borda, metió la mano en el agua.

Estaba helada.

—Si uno se cayera ahí, moriría en pocos minutos —se estremeció.

* * *

Sage descendió de las alturas y se desplomó sobre la plataforma que les servía para colocar los sacos de dormir. Sonriendo, Laurie le entregó una taza humeante.

—No —dijo él—. Busca en mi mochila. Hay algo mejor.

Laurie obedeció. Momentos después, destapaba una botella.

—La guardaba para celebrar el final de los trabajos —explicó Sage.

—Entonces, ¿has acabado ya?

Sage asintió. Tomó un par de tragos de licor y luego enseñó una caja negra, no mayor que un paquete de cigarrillos, con una antena replegable. En una de las caras se veía una rueda, con el relieve necesario para hacerla girar. Debajo había un botón de color rojo.

—La flecha del eje de la llave apunta ahora a S. «seguro» —explicó—. Cuando la haga girar a F, «fuego», podré apretar el botón rojo.

—Y entonces...

—Cien cargas explosivas, cada una de diez kilos de S. T., estallarán al mismo tiempo. Cada carga equivale a diez toneladas del T.N.T. convencional.

—En total, mil toneladas...

—Repartidas en un círculo de unos doscientos metros de radio, aproximadamente, el de la base de Obarthud.

—¿Dará resultado?

Sage sonrió.

—Te lo diré cuando hayamos hecho funcionar este aparatito, es decir, en la seguridad de la superficie.

Tomó otra copa y guardó la botella.

—Bien, preciosa, creo que aquí ya no nos queda nada que hacer. —Guardó la caja de control en uno de los bolsillos del pantalón—, Laurie, ¿no sientes deseos de salir fuera y tostarle al sol, pero no en el desierto, sino cerca de una playa?

Ella suspiró.

—Me parecerá mentira salir de esta caverna, donde reina la noche eterna...

—Oye, cuando te bañas, ¿usas traje o sólo la piel?

Laurie se echó a reír.

—¿Te gustaría saberlo?

—Me encantaría.

—Aguarda a que estemos en la playa y lo sabrás.

— Muy bien. Entonces..., ¡vamos a la playa!

Sage desamarró la barca y dio el contacto. En marcha atrás, se separó del tubo de servicios; luego, reviró y se lanzó a toda velocidad en busca de la salida.

—La operación nos ha costado siete días —dijo—. Mañana, a estas horas, podrás decidir entre usar un traje de baño... o nada.

—Espera hasta entonces —rió ella.

A los pocos segundos, habían alcanzado la velocidad de crucero. Pero un par de minutos después, las luces se extinguieron casi totalmente y el motor de la embarcación dejó de funcionar.

CAPÍTULO XI

Laurie lanzó un grito de terror.

—¡Lee! ¿Qué es lo que sucede?

Perdida la arrancada, la embarcación se balanceaba suavemente en las aguas, cada vez más tranquilas. Sage consultó los indicadores y emitió un juramento en voz baja.

—Nos hemos quedado sin carga en los acumuladores —dijo.

—Pero no hemos usado el motor... —se lamentó ella, terriblemente afligida.

—Hemos usado pródigamente los reflectores, que han estado encendidos las veinticuatro horas de siete días. Aún dan un poco de luz, los últimos residuos de la carga. Pero ya no hay potencia para mover la hélice.

—Entonces, ¿qué hacemos. Lee?

Sage volvió a maldecir. Estaban a más de mil kilómetros de la salida y no cabía soñar en recorrer semejante distancia a remo, aparte de que no los tenían. Pero, aunque lo hubieran intentado, los efectos de semejante decisión habrían resultado desastrosos.

—Nos perderíamos, sin luz...

—Tienes brújula, indicadores de rumbo...

—Funcionan eléctricamente. Dentro de diez, quince minutos, ya no darán ningún dato. Sin medios de orientación, sin motor, sin remos, ¿crees que podríamos aguantar la travesía de más de mil kilómetros? Lo más seguro es que nos perdiésemos y entonces acabaríamos muriéndonos de hambre, aunque no de sed... pero también

de frío, porque la calefacción ya no funciona tampoco.

—No comprendo —dijo la muchacha, desesperada—. Las baterías deberían tener carga suficiente. .

—Espera un momento —exclamó Sage.

Levantó la tapa del motor y, con la ayuda de una linterna de mano, examinó los acumuladores.

Laurie le contemplaba expectantemente. De pronto, oyó que lanzaba un sonoro juramento

—¡Maldito Skaley! Siempre se ha quejado de que yo le quitaba los mejores contratos, pero nunca quiso admitir su culpa..., nunca quiso admitir que casi siempre daba menos de lo que le pedían. Taimado, estafador, ladrón... Los acumuladores tienen marcas de primera clase, pero son, en realidad, de dos clases inferiores. Claro, él cobra por una mercancía de primera, cuando entrega una de tercera. Así, la ganancia es mucho mayor...

—Quizá te engañó deliberadamente —apuntó Laurie.

—No; esto ya había sido hecho antes de salir de la Tierra. Imbécil de mí; no se me ocurrió examinar los acumuladores antes de emprender la operación —se apostrofó el joven—. Ahora ya es tarde, encanto.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella, terriblemente angustiada.

Sage reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—No hay más que una solución. Laurie. El propulsor individual tiene todavía carga para un par de viajes más, pero será suficiente para permitirme remolcar la nave hasta el tubo de servicios.

—¿Y después?

El índice del joven señaló hacia arriba.

—Es la única salida que nos queda —dijo.

—Si nos ven los esbirros de Kithommir...

—Tengo algo que nos servirá de salvoconducto —aseguró él—. Bien, emprendamos el regreso, antes de que se apaguen las luces por completo.

Media hora más tarde. Sage amarraba la embarcación de nuevo a la plataforma del ascensor Se quitó el propulsor individual y lo arrojó al agua, ya que era un artefacto inútil.

Las luces se apagaron en aquel momento. Laurie no pudo evitar un grito de susto.

—Por fortuna, tenemos linternas portátiles de repuesto —dijo él, a la vez que encendía una.

—No deja de ser una suerte —contestó Laurie, más aliviada—. ¿Piensas llamar al ascensor?

Sage había saltado ya a la plataforma y señaló una puerta que había en el enorme tubo.

—Vamos a ver si podemos llegar sin ser vistos —dijo—. Dentro hay una escalera, para los servicios de inspección y mantenimiento.

—Dios mío, quinientos metros... —se aterró la joven.

—Un poco más, encanto. Dos mil... porque tienes que añadir el kilómetro y medio de la corteza terrestre.

—¿Podremos soportarlo, Lee?

Sage asintió, pero no tuvo tiempo de pronunciar una sola palabra. En el interior del tubo acababa de producirse un extraño sonido.

Parecía como si algo hubiera caído de las alturas, chocando luego contra la superficie de las aguas. A los pocos momentos, se vieron movimientos de la capa superior del mar subterráneo.

Sage paseó la luz de su linterna por los alrededores. Bruscamente. Laurie lanzó un grito de terror:

—¡Ahí. Lee! ¡Mira, un cadáver...!

Sage volvió la vista. Al enfocar la linterna, vio un cuerpo humano que flotaba sobre las aguas, que iban recobrando poco a poco su tersura. Inmediatamente, sintió un escalofrío.

—¡Sighdala! —exclamó.

A pesar de los horribles destrozos producidos por la caída desde más de dos mil metros, el rostro de Sighdala era fácilmente reconocible. Estaba casi desnuda y Sage pudo apreciar en su epidermis algunas marcas longitudinales que no eran precisamente heridas producidas por la caída.

— La azotaron antes de lanzarla por el tubo —dijo sombríamente.

—Eso significa que Kithommir sabe que estamos aquí...

—Sí, pero en todo caso, nos aguardará en el exterior. Nunca se imaginará que vayamos a sorprenderle en su propia guarida.

—Lee. Kithommir es terrible... Tiene un increíble servicio de espionaje o no se habría enterado de la ayuda que te prestó Sighdala.

—Sí, pero eso se acabará muy pronto —contestó el joven rabiosamente—. Bien, vamos a prepararnos; el viaje, más largo, resultará muy fatigoso Nos llevaremos algo de comer y un termo con café caliente...

—No hay café caliente. La cocina no funciona.

—Entonces, tomaremos una copa cuando la necesitemos.

Minutos después, estaban listos para emprender la ascensión. Sage llevaba consigo dos linternas y Laurie otras dos.

—Por fortuna —dijo él—, examiné las pilas de estas

lámparas antes de emprender el viaje. Aquí no ha hecho trampa Skaley.

Abrió la puerta y pasó a una estrecha plataforma que había al otro lado. Un poco más allá, divisó una escalera vertical, con protector dorsal para evitar caídas. Levantó la linterna y apreció un saliente a unos doscientos cincuenta metros.

—Cada cuarto de kilómetro, hay una plataforma, a fin de que los operarios puedan descansar, en caso necesario —dijo —. Nosotros lo haremos así, a fin de evitar llegar arriba fatigados en exceso.

Laurie miró hacia arriba y se estremeció.

—Dos kilómetros —murmuró.

—Por lo menos —dijo él—. Vamos, no perdamos tiempo.

Se acercó a la escalera y puso el pie en el primer peldaño.

* * *

Cuando llegaron a la última plataforma, se dejaron caer, exhaustos y agotados. Sage descansó unos momentos y luego dio a la muchacha un poco de agua.

—Oye, está buenísima —dijo ella—. Nunca había bebido agua tan sabrosa... Podrían embotellarla y Zphytox se haría así célebre...

Sage se echó a reír.

—Está «enriquecida» con licor —aclaró.

Al cabo de unos momentos, se puso en pie y miró hacia arriba. A dos metros sobre su cabeza, divisó una trampilla de

metal.

—¿Qué pasará si está cerrada por fuera? —preguntó ella.

Sage sacó un tubito no mayor que una pluma.

—Un soplete capaz de perforar en diez segundos diez centímetros del mejor acero —contestó.

Subió unos peldaños más y empujó hacia arriba con una mano. La trampilla cedió sin dificultad.

—Bueno, nos ahorraremos el combustible del soplete...

Terminó de levantar la escotilla y se sentó en el borde, con las piernas colgando en el vacío. Luego alargó una mano.

—Ven, Laurie.

Ella le siguió inmediatamente. Sage la ayudó a subir. De pronto, vio una expresión de terror en el rostro de la muchacha.

Laurie tenía medio cuerpo todavía en el interior del tubo. Sage se preguntó qué podía causarla tanto miedo. Entonces oyó una voz irónica:

—Han hecho ustedes un magnifico viaje de recreo..., para nada.

Sage apretó los labios. Estuvo inmóvil un momento y luego, bruscamente, se puso en pie y giró en redondo.

Kithommir estaba delante de ellos, a unos cinco o seis pasos de distancia. Flanqueándole, se veían seis hombres de uniforme, armados con pistolas paralizantes.

Sage estudió unos momentos al bastardo de Vrödniw. Era un sujeto de aspecto casi corriente y estatura mediana, sin ningún rasgo de relieve en su cuerpo ni en su rostro, salvo los ojos, que despedían fulgores demoníacos. Vestía, incluso, con afectada modestia y, en cualquier otro lugar,

habría podido pasar por un ciudadano corriente.

Ahora, sin embargo, se advertía claramente su personalidad, pensó Sage. Sobre todo, si se fijaba en el aura apenas visible, que le rodeaba como una capa de gas levemente azulado y de una transparencia casi absoluta. Aquel escudo de energía protegía absolutamente a Kithommir y lo hacía invulnerable a toda clase de ataque, cualquiera que fuese el arma utilizada.

—Lo mismo rechaza un garrote que un proyectil neurónico —murmuró.

—Ah, se refiere usted a mi escudo de energía —rió Kithommir—. Pues, sí, realmente es una magnífica protección... Un hombre de mi categoría necesita estar protegido suficientemente, a fin de llevar a cabo la misión que se ha impuesto voluntariamente.

Laurie adelantó el busto con gesto agresivo.

—¡Una misión de muerte y exterminio! —gritó.

— Mi querida señorita —dijo Kithommir sin alterarse lo más mínimo—. Cuando se quiere alcanzar determinada posición de preeminencia, no es posible andarse con escrúpulos ni sentimentalismos baratos. La piedad es una palabra inexistente en mi léxico.

—Lo cual significa que nos va a matar —dijo Sage.

—No inmediatamente, aunque no esperen salir con vida de este lugar. Antes de liquidarles, quiero conocer muchos detalles que ustedes saben y que a mí me interesan sobremanera.

—Seguramente, ordenará que nos torturen...

—Es posible, a menos que se nieguen a hablar voluntariamente. Si se niegan, créanme, les haré pedir la muerte a gritos.

—Como hizo con Sighdala, ¿verdad?

—Me traicionó. —Kithommir adoptó una expresión de tristeza—. Yo le había dado de todo, afecto, dinero, joyas... Pero ella me defraudó...

—Y le dijo que estábamos allá abajo.

—Sí, aunque no sé qué pensaban conseguir ustedes. ¿De veras creían que podrían derrotarme?

—¿Por qué no? —sonrió el joven—. Imagínese que esta noche, a la hora de la cena, le sirven una sopa. O un guisado hecho con agua que sube desde Zphytox. Media hora más tarde, estaría usted muerto.

Laurie se puso una mano en la boca. Comprendía los propósitos de Sage Con aquella mentira, iba a tratar de desviar la atención de Kithommir de lo que habían hecho realmente durante una semana a dos kilómetros de aquel lugar.

Kithommir se puso furioso en el acto.

—Capitán —se dirigió al jefe de la escolta—, envíe inmediatamente a un hombre v ordene al médico que suspenda todo suministro de agua. Dígale también que haga un análisis completo y que trate de eliminar todo rastro de veneno en los tanques de almacenamiento ¡Pronto, maldita sea...!

Un soldado se marchó inmediatamente. Kithommir miró a la pareja con expresión llena de perversidad.

—Fue una buena idea, lo admito, pero, por fortuna, hemos llegado a tiempo —dijo—. De todas formas, necesito que hablen y lo conseguiré.

—¿Cuándo empieza la sesión de tortura? —preguntó Sage fríamente.

—Por el momento, les tendré encerrados unas horas, a

fin de que reflexionen. Después iré a verles y...

Kithommir retrocedió unos pasos y agitó su mano.

—Llévenselos —ordenó.

CAPÍTULO XII

Completamente desalentada, Laurie se había dejado caer sobre una silla, en la habitación en que habían sido encerrados, una especie de calabozo sin ventanas, con un camastro como único mobiliario. Había también un pequeño lavabo y la iluminación era proporcionada por una anticuada lámpara que colgaba del techo.

—Se ve que estamos en uno de los sectores más viejos de Obarthud —dijo Sage, al cabo de unos minutos—, Kithommir no parece practicar la virtud de la hospitalidad, que se otorga incluso al enemigo más encarnizado.

—Ese hombre no tiene ninguna virtud —exclamó Laurie furiosamente—. Es un perro rabioso, al que habría que exterminar como un ser indigno de vivir...

—Sí, sí, preciosa, lo sé perfectamente. Es preciso acabar con él, pero debes reconocer que nuestra situación no tiene nada de ventajosa.

Laurie le dirigió una airada mirada.

—Tienes el medio para salir de aquí. ¿O no, Lee?

—Por ahora, no nos han registrado, lo cual es una suerte. Pero no quiero descubrir mis cartas hasta el último momento.

—¿Por qué?

—Kithommir podría no creernos. De momento, está convencido de que nos hemos limitado a poner veneno en la base del tubo de servicios. Cuando analicen el agua, cuando empiece a reflexionar, se dará cuenta de que, para poner una o dos toneladas de sustancias tóxicas en las tomas de agua,

no se necesitan siete días allá abajo.

—Y entonces..., vendrá a vernos...

Sage asintió.

—A pesar de todo, no creerá lo que hemos hecho. Tendrá que enviar a sus esbirros a la ciudad, a investigar. Y entonces, si, entonces, cederá o...

Laurie frunció el ceño.

—Lee, ¿estás seguro de que el plan tendrá éxito?

—Hace ya algún tiempo, avisaron a Kithommir de la conveniencia de trasladar su cuartel general a otra parte, a un lugar sísmicamente más seguro. Kithommir no ha querido hacer caso a los geólogos Les trató de incompetentes y a uno que se atrevió a insistir, lo hizo ejecutar, porque creía que conspiraba contra él.

—Y eso no era cierto, claro.

—No, pero los tipos como Kithommir viven recelando constantemente de todo y de todos. Incluso, cuando se levanta por las mañanas y se mira al espejo, debe de preguntarse si es él o es otro que ha tomado su puesto durante el sueño.

Laurie se echó a reír al escuchar aquella sarcástica observación.

—La verdad, esto no es vida, por muchas ventajas que obtenga —comentó.

—Te lo dije cuando nos conocimos. Has acabado por darme la razón.

—Si —suspiró ella—. Lee, dime, ¿cómo supiste eso de los informes de los geólogos?

—Me lo dijo Sighdala —respondió Sage lacónicamente.

—Y ella te facilitó los mapas...

El joven asintió. Luego dijo:

—En fin, vamos a prepararnos para la próxima entrevista con Kithommir. Creo que puedo ponerle una trampa, que nos permitirá dejarlo fuera de combate.

—¿Cómo lo harás. Lee?

Sage miró a su alrededor. Luego se acercó a la pared y lanzó una risita.

—Hay cosas que son inmutables a través de los tiempos —respondió—. Por ejemplo, la conducción de corriente eléctrica. Ahora se envía por líneas sin hilos a las grandes centrales, pero, inevitablemente, cuando se quiere distribuir en interiores, es preciso utilizar cables. No se puede tener una instalación eléctrica dentro de la casa, que no esté protegida por aislante, cosa que no sucede con las líneas sin hilos.

—Y eso, ¿qué significa para nosotros?

Sage se arrodilló en el suelo y empezó a manipular en una vieja toma de corriente.

—Significa, sencillamente, la diferencia entre la vida y la muerte —contestó.

* * *

Habían pasado varias horas y la espera se les hacía a veces insoportable. Laurie se había tendido en el camastro, pero se sentía incapaz de conservar la misma postura más de cinco minutos.

—Será mejor que trates de mantener la calma —aconsejó él, sentado en una silla—. Tu comportamiento es enervante y puede producirte un desfallecimiento en el momento menos oportuno.

Laurie se sentó en la cama.

—Es que no lo puedo soportar...

Sage levantó una mano repentinamente.

—Silencio —ordenó—. Creo que ya vienen.

La puerta se abrió bruscamente. Kithommir apareció en el umbral, seguido de media docena de sujetos uniformados.

Uno de ellos era Tork. Sage contuvo un gesto de sorpresa al reconocer al fiel servidor de Sighdala.

Tork, por su parte, mantuvo el rostro impasible, pero sus ojos chispearon en una seña muda que Sage no podía ignorar. El joven se sintió inmediatamente reconfortado, al darse cuenta de que podía contar con una ayuda inapreciable. Había llegado a pensar que Tork también estaba muerto, pero verle vivo y junto a Kithommir le hizo concebir redobladas esperanzas.

Kithommir dio un par de pasos y se situó frente al joven, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Y bien? —dijo—. ¿Se han decidido a hablar?

—¿Qué pasará después? —preguntó Sage.

—No puedo permitirles salir con vida de Obarthud. Deben ir haciéndose a la idea de que, prácticamente, están muertos.

—Y si no hablamos, empezará la tortura...

—Le diré una cosa, Sage. La tortura seguirá, aunque hablen y digan todo lo que saben. Si mis hombres empiezan ese trabajo con los dos, no se detendrán hasta que hayan muerto. Y, créanme, pueden tardar mucho en morir...

—De la otra forma, acabará con nosotros en el acto.

—Lo siento, pero así están las cosas. Esta es una guerra y ustedes han perdido, Sage.

El joven fingió reflexionar unos momentos. Luego habló

otra vez:

—Kithommir, quisiera saber una cosa, por favor.

—Si puedo contestarle... —dijo el sujeto cortésmente.

—Creo que sí. ¿Están ya preparados los observatorios científicos de Sharryl para originar el tornado cósmico?

—No. Faltan algunos detalles... Aún hay cuatro o cinco meses de trabajo.

—Gracias. Laurie, ¿tienes alguna pregunta qué hacerle?

—No; ya está dicho todo —contestó la joven secamente.

Kithommir sonrió.

—Será una muerte indolora, se lo aseguro —dijo.

—¿Como la de Sighdala?

—Era una traidora. Ustedes, al menos, me han combatido abiertamente. Incluso usted, Sage, fue lo suficientemente astuto como para eludir mis trampas. Sighdala merecía morir lanzada a Zphytox por el tubo de servicios. Incidentalmente, el envenenamiento del agua es una fábula. Sigue siendo perfectamente potable.

—Lástima que no fuese vitriolo —refunfuñó Laurie.

Kithommir se echó a reír.

—Es una agua purísima —dijo—. Y ahora, señor Sage, cuando quiera...

—Sí, empezaré inmediatamente.

Las manos del joven habían estado hasta entonces a sus espaldas. Súbitamente, dio un paso lateral y movió el brazo derecho, lanzando algo hacia adelante.

Durante una fracción de segundo, Kithommir vio aquel cable eléctrico, que volaba hacia él, con los extremos ligeramente separados y desprovistos de aislamiento. Los conductores chocaron contra el escudo de energía.

Un vivísimo relámpago azulado estalló en el mismo

momento, deslumbrando a todos los presentes. Se oyó un terrible chasquido.

Kithommir no tuvo tiempo de gritar. La descarga eléctrica, multiplicada por la potente acción de su escudo de energía, lo carbonizó instantáneamente.

Un horrible hedor se esparció por la atmósfera. Los guardias, aturdidos, no se sentían capaces de reaccionar.

—¡Tork! —gritó el joven.

—Estoy listo, señor —contestó el aludido—. ¡Vosotros —se dirigió a sus compañeros—, las manos fuera de las pistolas! ¡Ahora mismo!

El aturdimiento de los guardias de escolta les impidió reaccionar adecuadamente. Sage saltó hacia uno de ellos y le arrebató el arma.

—Tork, ¿hay algún aeromóvil?

—Sí, señor —contestó el gigante—. Sé dónde podemos encontrar uno...

—Entonces, no perdamos más tiempo.

Sage se encaró con los guardias.

—Voy a darles un consejo. Busquen el modo de salir de aquí, porque Obarthud va a ser destruido antes de una hora. Si no me creen... quédense y tendrán ocasión de lamentarlo, aunque no de rectificar. ¡Vamos, Laurie! ¡Tork, usted nos guiará!

—Sí, señor. Vengan conmigo, por favor.

El gigante echó a correr. De cuando en cuando, se tropezaba con algún grupo de soldados.

—¡Esto se va a hundir! —gritaba—. Escapad antes de que sea demasiado tarde...

En uno de los pisos superiores, abrió una puerta.

—¡Kithommir ha muerto! —chilló a los que estaban

dentro—. Avisad a todo el mundo por los altavoces... ¡Obarthud se va a hundir!

Después del aviso, se volvió hacia el joven.

—Es la central de comunicaciones —explicó.

Un poco más adelante, abrió la puerta de un ascensor.

—Entren —indicó.

El ascensor les llevó en menos de un minuto a una extensa terraza, situada en la parte superior, en la que se veían varios aeromóviles. Tork señaló uno de ellos. Sage empujó a la muchacha.

—Yo lo pilotaré —dijo.

Momentos más tarde, se elevaban en las alturas. Sage admiró la cierta clase de belleza que había en el paisaje que circundaba a Obarthud. El desierto era horrible, de suelo calcinado por un sol que brillaba implacablemente en las alturas.

—Quizá esto les decida a trazar planes de irrigación del suelo, en lugar de dedicarse a exterminar a otros planetas —dijo.

—Lo hacia Kithommir sin conocimiento de su hermanastro...

—Nunca se podrá probar. A Kithommir le gustaba tirar de los hilos desde la sombra. Al presidente-emperador no le habría disgustado perder la mitad de su título, para quedar así como jefe supremo de una Confederación denominada Vrödniw-La Tierra o algo por el estilo. Naturalmente, ahora dirá que no sabía nada, que estaba engañado... pero tampoco tomará represalias, para que no le pidan explicaciones.

El aeromóvil se alejó un par de kilómetros de Obarthud. Cubierta esta distancia. Sage lo hizo virar en redondo, suspendiéndolo inmóvil en el aire.

Obarthud parecía una colmena de la que sus ocupantes huyeran espantados en todas direcciones. Aeromóviles y propulsores individuales partían disparados de aquel lugar, e incluso vehículos terrestres, especialmente acondicionados para las travesías del desierto, salían de todas partes. Sage no pudo por menos que admirar la innegable belleza de un lugar que iba a ser destruido.

—Si los cálculos de los geólogos no han fallado —murmuró.

Desde el punto en que se hallaban, Obarthud tenía cierto parecido con una catedral gótica. Era una especie de cono rocoso, que se elevaba a unos doscientos metros sobre el nivel del suelo colindante, y cuyo diámetro era, aproximadamente, de cuatrocientos metros. La cumbre había sido alisada para facilitar la construcción de los edificios que habían sido la guarida y el cuartel general de un depredador como jamás se había conocido hasta entonces.

Sage aguardó la hora prometida, a fin de permitir la evacuación de todos cuantos se hallaban en Obarthud. Luego hizo girar el disco de la caja de control y apretó a fondo el botón rojo.

Durante unos momentos, no pareció ocurrir nada. Todo seguía en la más absoluta normalidad.

Luego brotaron nubes de polvo del suelo, formando un círculo en torno a la montaña de roca. Desde la superficie del desierto llegó un sordo rumor.

—Parece que las cargas han deflagrado satisfactoriamente —observó Laurie—. Pero si el suelo resiste…

De repente, vieron ciertos movimientos en el suelo. La superficie se agitó con largas oleadas que causaban

elevaciones y depresiones de unos pocos metros de desnivel.

Una grieta se abrió a unos cincuenta o sesenta metros de la base de la montaña. La grieta se enganchó bruscamente, a la vez que se prolongaba en un círculo irregular en torno a Obarthud.

—¡Se hunde! —gritó la muchacha. El círculo se completó. Y entonces, la montaña, con toda su base de mil quinientos metros de grosor, se hundió en medio de un horrendo fragor, entre nubes de polvo que convertían al sol en una bola apenas visible en el firmamento.

Pareció como si Obarthud bajase al abismo gracias a la plataforma de algún colosal montacargas. El descenso fue muy lento al principio y luego se aceleró, hasta desaparecer casi de golpe.

Un profundo trueno subió de las alturas. Sage se imaginó aquella masa de millones de toneladas de roca cayendo sobre el mar interior. Se producirían espantosas oleadas y las aguas sufrirían una conmoción indescriptible. Pero la zona de barreras rompería la mayor parte de la fuerza de aquel maremoto artificial y no habría daños para los que estaban al otro lado, a más de mil kilómetros de distancia.

Más fragmentos de la corteza se desplomaron a lo profundo. En otros parajes, también se produjeron hundimientos, pero, en general, la superficie resistió bastante bien. Poco a poco, el ruido se acalló y el polvo se diluyó en la atmósfera.

Sage contempló durante unos segundos el enorme agujero que había quedado tras la explosión. «Un digno funeral para una mujer que quiso ayudarnos, aunque fuese por motivos egoístas», pensó.

—¿Y ahora? —preguntó Laurie de pronto.

Sage se volvió hacia Tork.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

Tork se encogió de hombros.

—Ahora no tengo nada que hacer...

—Ven conmigo. En mi organización hay siempre un puesto para hombres como tú.

—Sí, señor —contestó el gigante con sobriedad.

—¿Y nosotros? —quiso saber la muchacha.

—Tú deberías tener algunos planes hechos, para realizarlos una vez terminada la misión —dijo Sage.

—Sí, pero... me parece... las circunstancias han cambiado un poco...

—Las tuyas, en todo caso.

—¿Las tuyas no, Lee?

—Tengo una compañía comercial. Debo seguir dirigiéndola.

—Y continuarás volando de planeta en planeta, mercadeando aquí y allá, comprando por diez para vender a veinte.

—El oficio me gusta.

—No tiene nada de sedentario.

—A ti te gustaría que yo viviese en un sitio fijo, tal vez.

—Hombre, no me disgustan los viajes. Pero un día, quizá, deberías pensar en establecerte definitivamente...

—Perdonen —dijo Tork con toda cortesía—. A popa tienen un compartimento reservado donde pueden discutir sus problemas personales. Yo pilotaré el aeromóvil.

—Gracias. Tork.

Una vez en el compartimento. Sage cerró la puerta y se apoyó en ella con una mano.

—¿Por qué no hablas claro de una vez, Laurie?

Ella sonreía maliciosamente.

—¿Te gustaría saber si uso traje de baño o sólo la epidermis?

—No me disgustaría, en efecto.

—En Sharryl existe una costumbre muy curiosa. Cuando una chica se baña delante de un chico, sin nada sobre su cuerpo, es que lo admite como futuro marido.

—Una costumbre muy notable, Laurie.

—De modo que ya sabes: tú debes elegir qué indumentaria he de llevar cuando vayamos a la playa o a la orilla de un rio.

Sage sonrió.

—Te daré mi respuesta cuando encontremos esa playa —dijo.

—Pero tendríamos que buscarla...

—Podemos empezar ahora mismo. ¿Te parece bien?

—Encantada, Lee.

F I N

[1] ***Ab ovo:*** locución latina de uso actual que significa literalmente "desde el huevo". (nota del corrector)